

Selección

TERROR

ADA CORETTI

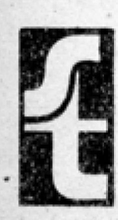
SE BAÑABA EN SANGRE

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

ADA CORETTI

SE BAÑABA EN SANGRE

Colección SELECCION TERROR n.° 447
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.853-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

La noche estaba muy oscura y Rebecca sintió miedo.

Pero era una prostituta. No era otra cosa. Tenía que salir a la calle a buscar clientes.

Respiró hondo y se adelantó hacia el farol que tenía más próximo, bajo cuya luz, con el vestido muy ajustado y el rostro muy maquillado, se quedó esperando.

No vio a nadie por las estrechas aceras y empezó a pensar en lo agradable que sería descansar unos días en la casa de su madre, cerca de Baldingsson.

La verdad es que nunca le había gustado aquello. Por eso se fue de allí, convencida de que en la ciudad podría conseguir todo lo que se propusiera. Pero no había sido así y había acabado prostituyéndose.

Lo peor, sin embargo, no era esa vida sucia y procaz en la que había caído, no era verse obligada a ceder a los deseos de los hombres, a sus indecencias, a sus obscenidades, a todo eso estaba ya acostumbrada. Lo peor era que las otras tres prostitutas de la calle habían desaparecido.

Por eso sentía miedo de aquella oscuridad y por eso estaba pensando en su madre. Se estremeció. ¿Y si a ella le pasaba como a sus compañeras?

Pero, ¿qué es en realidad lo que debía haberles sucedido? No lo sabía. Rebecca sólo podía decir que vio detenerse un Ford antiguo junto a la rubia y pizpireta Susan. Esta habló unas cuantas palabras con el joven que se hallaba al volante,

sin duda le estuvo diciendo cuál era su tarifa. Al joven debió parecerle bien y asintió. Susan abrió la portezuela y se sentó a su lado, instantes después el coche se alejaba.

Ya no volvió a ver a Susan. Igual que si hubiera caído por un oscuro y tétrico pozo hasta el fondo del mismísimo Infierno.

Rebecca volvió a ver aquel coche. En esa ocasión fue su compañera, la morena y exuberante Diane, la que hizo tratos con el joven que conducía. Todo sucedió antes de que ella pudiera prevenirla.

Tampoco volvió a ver a Diane. Debía estar también en el fondo del pozo oscuro y tétrico, en el mismísimo Infierno, pagando sus vicios y sus pecados.

Kim, la chica de senos sensacionales, que siempre iba sin sujetador dejando que se le marcaran descaradamente los pezones, desapareció una noche de lluvia. El mismo Ford se encargó de llevársela. Pero esta vez fue a la fuerza, se abrió la portezuela, el joven la agarró por un brazo y quieras que no la introdujo en el coche.

¿Le tocaba ahora a ella?

Rebecca volvió a estremecerse.

Y viendo que las estrechas aceras seguían sin nadie y que la calzada continuaba igualmente vacía, pensó que aún estaba a tiempo de salvarse, de no acabar como sus compañeras. Porque éstas, cada vez estaba más convencida de ello, debían haber caído en poder de algún sádico. Alguien que, evidentemente, sentía malsana predilección por las prostitutas de aquella calle.

No quiso darle más vueltas al asunto. Abandonaría la ciudad por unas cuantas semanas. Buscaría la compañía de su madre. Mientras tanto la policía quizá encontrara al culpable.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la pensión en que tenía alquilada una habitación. Estaba allí cerca.

En aquel preciso instante oyó el motor de un coche.

Se giró y lo vio.

Era un Ford antiguo. La luz de sus focos iluminaba la oscura calzada.

Rebecca apresuró el paso para no ser alcanzada. Pero lo hizo tan nerviosa que en pocos metros dio varios traspiés.

La última vez que miró hacia el coche, vio bien, perfectamente al joven que conducía. La luz de uno de aquellos faroles le daba en la cara.

Se trataba de un rostro, que duda cabe, difícil de olvidar. Los pómulos eran salientes y la mandíbula cuadrada. Los labios destacaban por su trazo duro, cruel. Los ojos, sin embargo, eran azules y suaves, no parecían encajar en aquel conjunto. El espeso cabello le caía por la frente, taponándosela por entero.

Rebecca oyó cómo el joven, bajando el cristal de la ventanilla, le decía:

--Ven, acércate... Por favor, acércate... Me gustan las pelirrojas corno tú...

No le hizo caso y siguió corriendo. No quería acabar como sus compañeras.

Cuando se encontró en su habitación, se cerró con llave. Sólo entonces se permitió el lujo de respirar aliviada.

Minutos después empezaba a hacer las maletas.

Y al día siguiente, a eso de mediodía, se apeaba ya del autocar a pocos metros de la casa de su madre, cerca de la localidad de Baldingsson.

Era un día lluvioso. Como lo fue aquel en que se marchó de allí creyendo que con su juventud y belleza se comería el mundo.

Pero el mundo se la había comido a ella, o poco menos. Lo cierto es que no había pasado de ser una vulgar prostituta.

Miró hacia el acantilado.

Porque era allí, sobre el acantilado, donde se hallaba aquel

pequeño núcleo de casas. Donde destacaba un enorme caserón cuyos perfiles se recortaban contra el mar. Un mar siempre al asalto contra aquellas agrestes rocas.

«En el caserón vive el pequeño Lewis… Lewis Rollins…» —recordó.

Cerca de la casa de su madre, vio aquella otra, con las persianas verdes, de paredes pulcramente blanqueadas.

«Ahí vive el pequeño Sturges… ¿Cómo se llamaba de nombre? Ahora no lo recuerdo…»

Pero ella recordaba a Sturges con unos ocho años y a Lewis Rollins. el dueño del caserón, con apenas diez. Sin embargo, desde la última vez que los vio, habían pasado diez años. Sí, exactamente diez. Ella se fue de allí con veinte años y había cumplido ya los treinta.

Ya no era una chiquilla. Pero tenía los ojos verdes, rasgados, hermosísimos, y el cabello largo, brillante, rojizo como una llamarada de fuego, y un cuerpo perfecto, ideal. Aún podía tener suerte en la vida. No perdía la esperanza.

Rebecca siguió mirando hacia el acantilado. Ahora reparaba en una casa bastante grande, compuesta de planta baja y un piso.

«Es la casa de la viuda Garret… Siempre vestida de negro, siempre con su collar de perlas…»

Se fijó asimismo en la casa colindante, ésta simplemente de planta baja.

«¿Qué será del bueno y parlanchín señor Elliot… Sin duda sigue viajando todo lo que puede…»

Pero Rebecca seguía recordándoles como eran hacia diez años, lo mismo que si el tiempo no hubiera transcurrido.

Pero había transcurrido, e inexorablemente, y de ello tuvo buena constancia así que vio a su madre, Había envejecido muchísimo, estaba llena de arrugas. Su aspecto no podía ser más lamentable.

No obstante, fue tanta la alegría de su madre al volver a verla, al tenerla de nuevo allí, a su lado, que estuvo claro que la buena mujer no se hubiera cambiado en aquel momento por nadie de este mundo.

Pero la alegría que experimentó al verla, no fue nada comparada con la que, unos días después, había de iluminar su expresión.

—¡Si supieras, Rebecca! —acababa de llegar de la localidad vecina, Baldingsson –.¡Oh, qué felicidad siento!

—¿Qué te pasa? —se sorprendió Rebecca.

—Me he encontrado con Lewis Rollins. Me ha traído hasta aquí en su coche…

—¿Y bien? —quiso saber.

—Me ha dicho… —pero de puro emocionada se detuvo.

—¿Qué te ha dicho el pequeño Lewis?

—Ya no tan pequeño —aclaró la buena mujer—. Tiene ya veinte

años.

—Sí, claro —asintió Rebecca—. El tiempo no pasa en balde. Bueno, ¿qué te ha dicho?

—Que te ha visto varias veces desde su casa, desde el caserón. Me ha jurado que le has parecido preciosa, la mujer más maravillosamente hermosa de esta tierra —y añadió—: Adivina lo que quiere de ti.

—¿Que me acueste con él? —estaba acostumbrada a que los hombres pretendieran siempre lo mismo. Y con cierto sarcasmo—. ¿A qué es eso?

—No, no —y su madre exclamó, jubilosa—: ¡Quiere casarse contigo!

—¿Casarse conmigo? —no terminaba de creérselo.

—Sí, Rebecca, casarse... ¡Imagínate, que no quepo en mí de gozo!

—¿Sabe que soy una prostituta? —preguntó.

—Sí, lo sabe —dijo su madre—. Aquí lo saben todos. Pero Lewis Rollins me ha dicho que no le importa... Hemos quedado en que irás a verle esta tarde, a eso de las siete. Estará esperándote.

—¿Por qué no viene él a buscarme? —se extrañó.

—Apenas sale del caserón, peca de indeciso, de apocado, ¿sabes? Pero es rico, muy rico... Has hecho tu suerte, Rebecca. A estas alturas, es más, mucho más de lo que podías esperar, ¿no?

—Tengo diez años más que él... —empezó a decir, como oponiendo un reparo digno de ser tomado en consideración.

—Haréis una buena pareja, así que no pienses en la diferencia de edad. Bien mirado, Rebecca, tú aparentas bastantes menos años de los que tienes. Claro, ¡eres tan hermosa!

—Bueno, iré a visitarle esta tarde. Desde luego —decidió—, no me dejaré escapar esta oportunidad. ¿Has dicho a las siete?

—Si, a esa hora te estará esperando.

—De acuerdo.

Se puso un bonito vestido, aunque por descontado no el más descarado de los que tenía. Puesto que se trataba de conocerse en plan formal, había que ponerse a tono con las circunstancias.

Ya arreglada, se dirigió hacia el caserón, la edificación situada más al borde *del* mismo acantilado. Tanto es así, que según por donde se mirara la casa parecía casi precipitada sobre el abismo.

Llegó a la puerta e hizo sonar el aldabón.

Quedó a la espera de que le abrieran.

Pero ya le estaban abriendo...

Un grito ahogado subió por su garganta.

El hombre joven de alta y fuerte complexión que acababa de aparecer ante ella, era aquel que viera en el Ford antiguo. El mismo rostro de pómulos salientes y mandíbula cuadrada. Los mismos labios

de trazo duro, cruel. Idénticos los ojos azules, suaves, que no parecían encajar en aquel conjunto. El espeso cabello cayéndole por la frente, tapándosela por entero.

Pero el grito no llegó a salir de su garganta. Antes de darle tiempo a nada, Lewis Rollins la había cogido ya por una mano, haciéndola entrar.

Entonces le oyó decir.

—Quiero casarme contigo y hacer de ti una mujer rica. Doy por descontado, pues, que no dirás a nadie lo que sospechas de mi... —le había hablado con el tono sumamente crispado.

Rebecca. sintió que el miedo le atenazaba.

—¿Lo que sospecho de ti...? —se hizo la tonta—. No sé a qué te refieres. De veras que no... —pero la voz le tembló como si estuviera hecha de mercurio.

—Mejor así —convino Lewis Rollins.

—Has crecido mucho —dijo Rebecca a continuación—. No te pareces en nada al niño que recordaba...

Pero sí, era el mismo, iguales facciones. Idénticos rasgos. Cómo no le había reconocido al verle en aquella calle, en el interior del Ford!

—Ya soy mayor —repuso él—. Y quiero casarme contigo.». —su tono seguía crispado.

—Eso me ha dicho mi madre.

—¿Qué me contestas? —la apremió.

—Bueno, así tan de pronto... —intentó esbozar una sonrisa.

– Sí, claro. No debo apremiarte tanto. Pasa y toma algo conmigo. ¿Te apetece un whisky?

—Claro.

Tuvo que hacer un esfuerzo increíble para esconder su miedo y adentrarse en el caserón. Donde se echaba a faltar alguien que limpiara debidamente todo aquello. Cortinajes, muebles, lámparas, todo se hallaba en un estado muy poco pulcro.

Debió darse cuenta de lo que ella pensaba, pues Lewis -Rollins dijo:

—Vivo solo.

—¡Ah!

Ya en el salón, cuando Rebecca esperaba que su anfitrión le diera el whisky ofrecido, éste hizo de pronto otra cosa. De eso que ella, sin poder contenerse, lanzara un chillido...

Lewis Rollins se había apartado el cabello que le caía hacia adelante. Su ancha frente acababa de quedar enteramente al descubierto.

¡Lewis Rollins tenía cuatro ojos...!

***

Los dos ojos que habían surgido en su frente eran negros,

perversos, aterradores, diabólicos.

El horror, el espanto y también el asco y la repulsión, hicieron que Rebecca, tras el chillido, se tambaleara como si acabara de beberse un tonel de vino.

Recobró el equilibrio, pero siguió sin sobreponerse. Se sentía estremecida, sobrecogida ante aquella monstruosa y espeluznante anormalidad.

—Así soy yo... —dijo Lewis Rollins, y su tono se había crispado de nuevo—. Así tendrás que amarme.

—Sí, claro —aceptó ella con la lengua pegada al paladar, apenas pudiendo pronunciar las palabras.

—Podía ocultárselo... Pero antes o después ibas a descubrirlo... Así que vale más que desde el principio lo sepas...

—Sí, claro —asintió de nuevo—. Así es mejor...

Pero ahora no sólo era su voz, sino también su cuerpo el que temblaba como el mercurio. No conseguía sobreponerse a la impresión recibida. Esta había resultado demasiado agresiva. La había sacudido de arriba abajo.

Lewis Rollins se le acercó y le puso las manos sobre los hombros. Se disponía a atraerla hacia si y a abrazarla, y sin duda a besarla.

Pero Rebecca, a pesar de que estaba acostumbrada a tratar con toda clase de hombre, le rechazó.

—¿Qué significa esto...? —barbotó Lewis Rollins.

Y si bien sus ojos azules se ponían en ella con compresión, con tolerancia, los negros, los que tenía incrustados en la frente, le clavaban su mirada del modo más brutal y pavoroso. Decían, de manera inexorable, que se estaba jugando la vida. Ni más ni menos que la vida.

—Déjame... déjame unos instantes para reponerme de la sorpresa —tartamudeó ella.

– ¿Tanto te repugna mi presencia?

—No, no es eso... —aseguró Rebecca, pero el tartamudeo persistía —. Es que no me lo esperaba.

Se trataba de lo que Lewis Rollins había dicho. Le repugnaba su presencia. Aunque no sólo era eso, aquellos ojos diabólicos le llenaban el alma de miedo, de pavor, de un pánico que no tenía límites y que se desbordaba dentro de ella de un modo tremolante.

—Me he enamorado de ti —repuso Lewis Rollins, seguidamente—. Eres tan atractiva, tan hermosa, tienes unos ojos tan maravillosamente verdes y una cabellera rojiza tan fascinante... Eres la elegida de mi corazón... Me refiero a compartir mi vida, a ser mi esposa, ¿comprendes? —pero su tono, más que adular, más que halagar, amenazaba y lo hacía del modo más terrible.

—Sí, te comprendo...

—He tratado con otras mujeres —aclaró—, pero el caso era distinto. Con las otras, buscadas y encontradas al azar, sólo pretendía gozar un rato... —y bruscamente, como si fuera un felino y de pronto diera un salto hacia adelante— Ya sabes a quienes me refiero... No, no lo niegues... Sé de sobras que me has reconocido...

—Pues yo... la verdad... yo... —y el tartamudeo volvía a entrecortar sus palabras.

—Sientes curiosidad por saber lo que ha sido de tus compañeras, ¿verdad? —inquirió Lewis Rollins—. Pues voy a decírtelo. Pero apréndete la lección... Apréndetela bien, porque de lo contrario tú misma te conducirás hacia tu propio final. ¡Ven!

La cogió fuertemente por un brazo y la arrastró fuera de la habitación. Luego le hizo cruzar el vestíbulo y dirigirse hacia una estancia donde sólo había un piano, un taburete y unos cuadros en las paredes.

Tales cuadros eran obscenamente atrevidos, vergonzosamente procaces. Todos ellos. Bastaba echarles una ojeada para caer en la cuenta de que Lewis Rollins era un hombre con instintos sexuales reprimidos, sádico y paranoico, que se recreaba en la contemplación de los mismos.

En uno de esos cuadros, de tamaño natural, se podía ver desnudos a un hombre y a una mujer. Ella no representaba más de trece años. El tendría un mínimo de cuarenta y cinco. Ei había caído sobre ella ansioso de deseo, excitado y erecto su miembro viril. Ella no deseaba aquello y más niña que mujer, ponía una expresión mitad de sobresalto mitad de repulsión.

Lewis Rollins movió ese cuadro de derecha a izquierda, por lo que quedó al descubierto un boquete. Lo suficiente alto y ancho como para que una persona de estatura normal pudiera pasar si tener que agacharse.

– Ven conmigo! —exclamó el dueño del caserón, y seguía arrastrando a Rebecca.

Esta se dejó llevar, sintiéndose completamente incapaz de rebelarse. Le siguió a través de una escalera de caracol, que tras dar un par de vueltas sobre sí misma terminaba en un pasadizo bastante ancho. Al final de éste surgía una gran piedra, la cual, tras accionar un resorte, se movió dejando paso.

Habiendo cruzado ese inesperado e insólito dintel, Rebecca oyó el bramido del mar. Lo que no resultaba extraño, pues el mar entraba hasta el interior de aquella gruta.

De eso se trataba. De una gruta de grandes dimensiones, que en principio ofrecía una superficie bastante lisa y que luego se convertía en un trozo más de costa, pues el mar e incluso la espuma de las oías llegaba hasta allí mismo.

También llegaba la luz del día.

Lo suficientemente clara para que Rebecca, a quien Lewis Rollins seguía sujetando fuertemente por un brazo, viera cómo allí cerca habían dos agujeros, o dos hoyos, o dos pozos. Como se prefiriera definirlos.

—¿Quieres ver lo que hay en el interior de cada uno de ellos? —preguntó Lewis Rollins, y sus ojos negros, perversos, aterradores, diabólicos, lanzaron auténticas centelladas.

No así sus ojos azules. Estos, en realidad, no parecían formar parte de su personalidad.

Rebecca tembló. O siguió temblando, ya que en verdad no había dejado de hacerlo. ¡Era tan intenso y tan alucinante el terror que la vencía, que despiadadamente la acorralaba!

—Acércate… —dijo Lewis Rollins, y se la llevó hacia el primer agujero, hacia el primer hoyo, hacia el primer pozo—. ¡Mira hacia abajo! ¡Mira!

Rebecca miró hacia el interior, hacia el fondo. Pero de antemano sabía con lo que sus pupilas iban a encontrarse, Allí estaría su compañera Susan, o quizá Diane, o tal vez Kim. Cualquiera de las tres. Seguro.

En efecto, sus ojos dieron con el cuerpo de la rubia y pizpireta Susan. ¡Pero su horror creció hasta extremos increíbles, inusitados, al encontrarla en aquellas demenciales y horripilantes condiciones!

Estaba desnuda y permanecía en el fondo, extenuada, agotada, sin fuerzas siquiera para tener entreabiertos los ojos. Bajo su cuerpo había un par de palmos de agua y sobre su cuerpo una legión de bichos, alargados, casi cilíndricos, que de vez en cuando se encogían, se contraían. Estos se hallaban provistos de boca chupadora y absorbían, hacían succión. Se pegaban a la piel de la muchacha mediante sus ventosas. La desdichada víctima estaba tan pálida, tan lívida, que daba la sensación de no tener ya sangre en las venas.

—Son sanguijuelas —repuso Lewis Rollins—. Susan está aquí desde el día que quiso huir de mi lado. Hace muchos días, muchas semanas de eso, sí, ya lo sé… Le doy comida de vez en cuando, para que resista… Quiero que su agonía sea lenta, todo lo lenta que sea posible. Las sanguijuelas se encargarán de acabar con ella, pero poco a poco, como yo quiero que sea… —y sin transición— ¿No sabes que en la antigüedad usaban las sanguijuelas para efectuar sangrías? Pues bien, éste es su trabajo…

Había hablado con un tono tan satánico, tan demencial, tan dantesco, que Rebecca creyó por un momento haber caído en poder del propio Satanás.

—¡Susan! ¡Susan! —exclamó.

No supo de dónde sacó el valor para pronunciar el nombre de su

compañera, para llamarla.

Desde el fondo del agujero, o del hoyo, o del pozo, Susan lanzó un gemido. Después abrió los ojos y miró hacia arriba.

Vio a Rebecca y movió los labios para hablar, para decirle algo, pero sus cuerdas vocales no respondieron y su garganta sólo emitió un extraño sonido.

Volvió a mover los labios, empero, logrando finalmente que su voz resultara audible.

—Ese hombre tiene la mente torva, sinuosa, retorcida —musitó—. Es un monstruo... Un monstruo...

Rebecca hubiera querido interceder por su compañera, pero no lo hizo, no se atrevió. Comprendía de sobras que iba a tener trabajo para salvarse a sí misma.

—¡Mira también aquí! —exclamó Lewis Rollins seguidamente, y la empujó hacia el otro agujero, u hoyo, o pozo—. ¡Mira bien, que aquí las tengo por partida doble!

Rebecca se asomó y miró hacia el fondo. Desorbitados sus hermosos ojos verdes.

¡Y vio a Diane, su compañera morena y exuberante, y también a Kim, la chica de los senos sensacionales que siempre iba sin sujetador dejando que se le marcaran descaradamente los pezones!

Ambas permanecían en el fondo, desnudas, extenuadas, agotadas, sin fuerzas para nada. Lo mismo que Susan. Pero ellas no tenían sanguijuelas sobre su cuerpo sino arañas. Estas eran de gran tamaño, de cuerpo velloso, negro por encima y pardo rojizo por debajo. Su picadura debía ser sumamente dolorosa, pues el cuerpo de ambas se hallaba lleno de inflamaciones. Había docenas de arañas y la tela que tejían empezaba a envolver a las dos muchachas como un auténtico sudario.

—¡ Oh, no, no...! —gimió Rebecca, sintiendo que las rodillas se le doblaban ante el aterrador y horripilante refinamiento de aquel hombre.

—A ellas también les doy comida de vez en cuando —dijo Lewis Rollins—. Tampoco quiero que mueran demasiado aprisa. La agonía debe ser lenta, lenta...

—¿Por qué...? ¿Por qué? —Rebecca se sentía cada vez más horrorizada.

—Porque las dos me menospreciaron. Como antes me había menospreciado Susan... Y eso no voy a consentírselo a ninguna mujer... ¡Ni siquiera a ti! —gritó, taladrándola con aquellos dos ojos negros, perversos, aterradores, diabólicos.

Mientras los ojos azules parecían no contar para nada.

—Yo no... no... te desprecio —aseguró Rebecca—. Ni lo haré nunca... Nunca... De veras que no...

--Si lo hicieras, seguirías el mismo camino que ellas. Un camino que para Susan... —pareció reflexionar—, creo que debe llegar a su término... Porque hace ya mucho que está agonizando y empieza a inspirarme piedad... Voy a permitirle que deje de sufrir...

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Rebecca, asustadísima.

No podía ser de otra manera porque la expresión de Lewis Rollins seguía siendo terriblemente espeluznante.

—Vas a verlo —le contestó—. Mientras tanto, tú estáte quieta... De acuerdo, ¿eh? —y por primera vez la soltó.

Rebecca vio cómo se dirigía hacia el primer agujero y cómo se arrodillaba allí, metiendo el brazo hacia el fondo.

—Dame la mano, Susan, te voy a sacar de aquí —le dijo.

Susan se hallaba completamente agotada, pero oyó la voz y se hizo la ilusión de que aquel hombre se había compadecido de ella. Así que hizo un esfuerzo infrahumano y consiguió enderezarse, poco al principio, luego más. Hasta que

logró que su mano vacilante alcanzara esa otra que, al parecer al menos, se le ofrecía salvadora.

Lewis Rollins la sacó de allí con relativa facilidad. Era joven y tenía fuerza.

Entonces la cogió en brazos y se la llevó hacia adelante

—¿Qué... qué vas a hacer? —preguntó de nuevo Rebecca

—Sígueme y lo verás —fue la respuesta de él.

Rebecca le siguió, pero con pasos lentos, tambaleantes Con el cuerpo temblando. Con los ojos fuera de sus órbitas

Lewis Rollins se detuvo al borde de las rocas, junto al mar, donde de vez en cuando llegaba la espuma de las olas

Una espuma que, al desaparecer momentáneamente, dejaba ver la arena del fondo. Una arena fina, muy fina Rebecca reparó que en esa arena del fondo había nacido una fantástica y fascinante flor, la cual se cimbreaba suave mente. Era tan grande que su contemplación tenía forzosamente que causar perplejidad.

Pero no era lo que parecía. Se trataba de una anémona, animal carnívoro marino. Eran sus enormes tentáculos, de vivos y brillantes colores, extendidos, los que hacían que pareciera, sin serlo, una hermosa y subyugante flor.

—El pez que se aventura cerca de una anémona, es atrapado y tragado rápidamente, es cosa sabida —repuso Lewis Rollins—. Pero tratándose de una anémona gigante, y ésta sin duda lo es, lo lógico...

—Pero, ¿qué vas a hacer...?

Respondió sin necesidad de palabras. Dejó de sujetar el cuerpo desnudo que llevaba entre los brazos y éste cayó al agua.

Susan sabía nadar, y quiso encontrar fuerzas para salir de allí, para subir a la superficie. Pero la anémona cerró sus tentáculos y la

apresó. Allí quedó sujeta, sin poder desasirse, haciendo gestos de una angustia desesperada.

—Acéptalo con resignación —sonrió Lewis Rollins—. No voy a sacarte…

Susan siguió haciendo gestos de angustia, y de terror. De espantosa angustia y de auténtico terror.

Todo inútil.

Lewis Rollins no había de compadecerse de ella.

Hasta que los tentáculos de la anémona se movieron, se agitaron, y la presa fue tragada, introducida por su boca. Por lo que Susan desapareció enteramente entre muecas que de puro trágicas resultaban grotescas.

No sin un gran esfuerzo, Rebecca ahogó todo su espanto, todo su pavor, y encontró voz para decir:

—Yo siempre te amaré.

—Me alegra haberte convencido —contestó Lewis Rollins, y añadió—: Vámonos de aquí. Ya has visto todo lo que tenías que ver.

Pocos minutos después se hallaban de nuevo en el interior del caserón, en el salón, donde, ahora sí, Lewis Rollins ofreció un whisky a la mujer que había elegido por esposa.

Rebecca decidió beberse el whisky de un trago. Buena falta le estaba haciendo. Pero al alargar el brazo para coger el vaso, la mano se le puso a temblar de una forma tan desmesurada, tan ostensible, que Lewis Rollins, en un arranque de rabia, lo arrojó al suelo haciéndolo añicos.

Tras esta violenta reacción pudo llegar lo peor. Por lo menos Rebecca se lo vio venir.

Pero no, sucedió algo muy distinto.

Lewis Rollins se arrodilló a sus pies y le rogó, le suplicó, le imploró que le amase de verdad.

—¡Haré siempre lo que tú quieras! —exclamó desgarradoramente—. Si te quedas a mi lado, te obedeceré en todo, sea lo que fuere lo que me pidas… ¡Seré para ti como un esclavo! ¡Pero ámame, Rebecca, te necesito!

Y los ojos de su frente, suavizando su maldad, miraban ahora con admiración el cuerpo de Rebecca, la perfección de sus piernas y lo erguido de su hermoso busto, y la extraordinaria belleza de su rostro. Y reparaban asimismo, deleitados, en el atractivo de su larga cabellera de color rojizo.

—¡Tú mandarás en mí! —siguió exclamando Lewis Rollins.

Rebecca le dijo que le amaría y que juntos recorrerían el camino de la vida.

Pero Lewis Rollins, saliendo de su arrebato de sumisión, volvió a ser el de antes. El que era capaz de todo lo malo. Los ojos negros

habían recobrado su acostumbrado mirar.

—Quiero acostarme contigo —dijo, dándole a entender que no se fiaba de las simples palabras.

—Me parece muy bien —contestó ella.

Lo que sucedió a continuación fue muy rápido.

Rebecca echó a correr escaleras arriba, se metió en uno de los dormitorios, el que comprendió que tendría su ventana orientada hacia el acantilado, abrió rápidamente dicha ventana, y desde allí, tras una breve vacilación, muy breve, se lanzó al mar.

Ya para entonces Lewis Rollins había aparecido allí, gritando:

—¡Rebecca, no hagas eso!

Pero ella ya se había echado.

Cuando Lewis Rollins se asomó a la ventana, el mar se la había tragado ya. Inexorablemente.

Era aquél un mar bravío, furioso, siempre al asalto contra aquellas agrestes rocas.

CAPITULO II

Habían transcurrido treinta años.

Y la viuda Garret, ya una anciana, esperaba que de un momento a otro sonara el timbre de la puerta.

Iba vestida de negro y adornada con un largo collar de perlas. Siempre vestía y se arreglaba del mismo modo.

Estaba en el saloncito de su casa. Una de las casas que formaban parte de aquel pequeño núcleo sobre el acantilado, no lejos de la localidad de Baldingsson.

Había pedido los servicios de un detective. No le gustaba lo que estaba sucediendo.

Y el detective llegaría sin duda de un momento a otro. —Creo que no hay para tanto… —opinó Carol, la joven cuya misión era cuidarla, atenderla.

Carol era enfermera, y permanecía allí desde hacía ya varias semanas. Desde que a la viuda Garret le dio un ataque al corazón. Ahora ya, afortunadamente, se hallaba muy recuperada.

—¿Cómo que no hay para tanto? —protestó la viuda Garret—. ¿Acaso es normal que mi papagayo diga esas cosas…?

—No, claro que no, señora —contestó la bonita muchacha de cabellos castaños, risueña expresión y cuerpo espigado—. De todos modos, no deja de ser un papagayo…

—A quien alguien, por lo visto, le ha enseñado a decir esas cosas. Solo no lo ha aprendido.

—Nadie entra en esta casa a no ser la mujer que viene a hacer las faenas —le recordó la muchacha—, y esa mujer es incapaz de…

—Pues si ella no tiene nada que ver con esto y usted tampoco, ¿entonces quién? Francamente, no lo entiendo. De eso que haya requerido los servicios de un detective, nos hace falta alguien competente que…

Se interrumpió.

Acababa de sonar el timbre de la puerta.

—Vete a abrir, haz el favor.

—En seguida, señora.

Carol se dirigió a la puerta.

Al abrirla, se encontró con un joven que mediría un metro ochenta y tantos, ancho de espaldas, viril de expresión.! No pudo por menos de mirarle con complacencia.

—Es usted el señor Westton… Jim Westton, detective, ¿verdad?

—En efecto —respondió él—. Y ésta es la casa de la señora Garret,

¿no es eso?

—Sí, señor. Pase usted.

Ya en el saloncito, y tras haber saludado a la viuda Garret, mucho más anciana de lo que se había imaginado a juzgar por cómo le salía la voz a través del hilo telefónico, el detective fue debidamente informado.

—Mi papagayo me tiene asustada... Pero siéntese, señor Westton.

—Gracias, señora Garret.

—A propósito, esta joven a la que está usted mirando no es mi nieta, lo que sin duda está imaginando. Es mi enfermera, últimamente mi salud ha inspirado algunos recelos, ¿sabe? Bueno, aclarado este pormenor, repito, mi papagayo me tiene asustada.

—¿Qué le pasa a su papagayo? —preguntó Jim Westton.

—Pues verá usted... —la viuda Garret debía tener la vista cansada, pues al mirar achicaba la mirada—. Le ha dado por decir que... que... —le vaciló un poco la voz—, que van a morir muchas personas aquí en Baldingsson.

Seguidamente le explicó cómo se había desarrollado los hechos. Ella solía reunir cada jueves a varios de sus mejores amigos, tomaban té, charlaban de los últimos acontecimientos, jugaban un poco a cartas e invariablemente lo pasaban muy bien.

Bueno, lo habían pasado muy bien hasta que cierto jueves, desde el interior de su dorada jaula, el papagayo se puso a decir con su voz gangosa:

—Graak... graak... Habrá muchas muertes aquí en Baldingsson... Habrá muchas muertes aquí en Baldingsson... Graak,.. graak...

Como la viuda Garret se detuviera en su explicación, Jim Westton aprovechó la pausa para mirar a su alrededor. Quería dar con el personaje en cuestión. Sí, allí estaba, dentro de una hermosa jaula dorada. Desde luego era un papagayo como cualquier otro.

—Prosiga, señora Garret.

—Esto es todo —dijo la anciana—. Pero se trata de que tengo el presentimiento de que mi papagayo dice la verdad, lo que ciertamente va a suceder... Porque si alguien le ha enseñado a decir esa frase, es porque...

—Deduce acertadamente —convino Jim Westton—. Aunque bien pudiera tratarse de una simple broma.

—No lo creo así.

—Yo tampoco.

—Sin duda se avecina algo malo.

—Dígame, señora Garret, ¿qué personas tienen acceso a su papagayo?

—Sólo la mujer que viene a hacer las faenas, una mujer bonachona de la que no cabe sospechar nada, y Carol, esta muchacha, que como

ya le he dicho es mi enfermera, y yo, claro... —puntualizó.

— Y desde aquel jueves, ¿no ha vuelto a decir nada su papagayo?

—¡Oh, sí, sí! —exclamó—. Lo dice y repite a menudo, pero siempre los jueves cuando yo estoy con mis amigos tomando el té.

—Un detalle que hay que tomar en consideración —razonó Jim Westton. Y queriendo partir de ahí—: Dígame, ¿vienen siempre los mismos? Me refiero a sus amigos...

—No, no siempre son los mismos.

—Bueno, para empezar hábleme de los que vienen con más asiduidad. Sus nombres, quiénes son y dónde viven. Así empezaremos a aclarar la cuestión.

—Si usted lo dice... —y deseando saber si el aspecto del joven infundía confianza, la viuda Garret quiso mirarle mejor, por lo que de nuevo achicó su mirada—. Pues bien, viene casi siempre Catherine, la esposa del inspector de policía de Baldingsson. Este se apellida Sturges. Viven aquí, en esa casa pulcramente blanqueada, con las persianas verdes. Es la casa de él. Al morir sus padres la heredó.

—¿Viene ella sola o con su marido? —quiso saber el detective.

—A veces sola, a veces con él —y agregó—. Son una pareja muy agradable.

—Antes de proseguir —dijo Jim Westton—, explíqueme por qué me ha llamado a mí teniendo entre sus amigos nada más y nada menos que al inspector de policía.

—Es fácil de explicar —repuso la viuda Garret—, tengo ya ochenta años y más de uno supone que estoy chocheando; y que ahora me da por querer asustar a la gente... Sí, estoy convencida de que más de uno piensa que soy yo quien ha enseñado a mi papagayo a decir esas cosas.

—Y no es así... —y la miró con detenimiento, queriendo averiguar si, en principio al menos, podía fiarse de su propia! cliente.

—¡Oh, no! —exclamó con gesto de protesta la anciana—.¡Claro que no!

—Pero teme que el inspector lo crea así.

—Sí, francamente —asintió.

—De acuerdo. Continúe, por favor, con la descripción de las personas que se reúnen aquí los jueves con usted.

—Viene siempre el señor Elliot, otro de mis vecinos. Es un buen hombre, muy parlanchín por cierto. Cuando era más joven viajaba mucho. Ahora ya no, los años le pesan y se ha| vuelto hogareño. Vive solo.

—¿Y quién vive en el caserón? —preguntó Jim Westton, quien había reparado en dicha edificación así que se apeó de su coche—. ¿También su propietario frecuenta sus tertulias,; señora Garret?

—No, Lewis Rollins no viene nunca por aquí. Y me alegro de ello, es un hombre con un aspecto inquietante, sobrecogedor...

—¿Pues qué pasa con él? —quiso saber.

—Siempre lleva el cabello echado hacia adelante, caído sobre la frente. Le da un aspecto muy raro... Además, su expresión me disgusta enormemente. Pero, en fin, lo malo de él se debe en realidad a un no se qué, difícil de definir... Sin duda también a su carácter hosco, huraño... Aunque antes no era así, debo reconocerlo. Pero desde que sucedió aquello...

—¿Qué es aquello? —preguntó Jim Westton.

—Se enamoró de Rebecca, una prostituta, de eso hace ya muchos, muchos años. Rebecca era una muchacha muy hermosa.

—¿Y qué sucedió?

—Ella fue a visitarle a su caserón y desde allí, desde una de aquellas ventanas, se arrojó al mar. Nunca se supo exactamente lo que pasó entre ambos. Sólo se supo que el mar se la tragó.

—¿Y no cabe suponer —indagó Jim Westton— que fuera el propio Lewis Rollins quien la tirara...?

—No, no cabe suponerlo. Dio la coincidencia de que Jack Crows estuviera pescando en su pequeña lancha motora y la viera arrojarse por la ventana...

—¿Quién es Jack Crows? Si es que vive todavía...

—Sí, vive —asintió la viuda Garret—. Por aquel entonces no tendría más de dieciocho o diecinueve años. Actualmente, pues, no habrá cumplido aún los cincuenta. Vive en Baldingsson. Está casado y tiene un hijo.

—Siga hablándome de Lewis Rollins...

—¿Del dueño del caserón?

—Sí, por favor.

—Al suceder aquello, Lewis Rollins pareció perder la razón, su desespero no tuvo límites. Por lo visto se había enamorado perdidamente de Rebecca.

—Que era una prostituta según me ha dicho, ¿no?

—Sí.

—A propósito, ¿tenía padres esa muchacha llamada Rebecca?

—Sólo tenía a su madre, que vivía aquí, sobre el acantilado, su casa es esa que hay al lado de la mía, desde aquí se ve —se la indicó a través de los cristales—. Pero al enterarse de la muerte de su hija la buena mujer, que no estaba bien del corazón, sufrió un ataque y murió. No me gusta recordarlo —añadió la viuda Garret—, yo tampoco estoy bien del órgano central de la circulación de la sangre. En fin ahora ya estoy mejor, —Me alegro mucho, señora. Bueno, sigamos, ¿quienes más acuden con asiduidad a sus reuniones de los jueves?

—Sylvia Corey —le informó—, una muchacha muy simpática, pero a la que... —se interrumpió.

—A la que, ¿qué?

—Le gustan demasiado los hombres. Sus padres quieren atarla corto, pero no consiguen nada, cada dos por tres les da un disgusto. Entonces la castigan y le prohiben salir sola. Pero así que el castigo pasa, vuelve a las andadas, ella es así.

—¿Dónde vive esa joven?

—En Baldingsson.

—¿Quienes más frecuentan esta casa?

—Se me ocurre una buena idea, señor Westton —dijo la viuda Garret—. Hoy es jueves y dentro de poco empezarán a venir unos y otros. Quédese y podrá conocerlos personalmente. ¿Qué le parece?

—Muy bien —convino—. Por cierto... —y se volvió bacía la joven y bonita enfermera—, ¿ahora por qué no me habla usted un poco de sí misma? Me interesa conocerla mejor.

***

Mientras los reunidos hablaban y charlaban animadamente, y mientras tomaban el té y comían pastas, Jim Westton estaba recordando lo que Carol le había dicho.

Era huérfana. Vivía en la ciudad con una tía, hermana de su madre. No tenía novio. Había aceptado su actual colocación porque la señora Garret era muy rumbosa pagando. Bueno, la verdad es que ahora sentía verdadero aprecio por dicha señora.

Pero Jim Westton dejó sus pensamientos al oír decir al afable señor Elliot:

—Eso de que yo sea tan parlanchín, se debe sin duda a la excursión que hice, en uno de mis viajes, a ia pequeña villa de Blarney. Allí visité su castillo. Según la leyenda, todo aquel que se abraza a una de sus piedras se ve gratificado por una elocuencia irresistible... —el señor Elliot se rió de su propia gracia.

—Debe ser agradable haber visto tanto mundo como usted —la voz de Sylvia Corey sonó nostálgica—. Le envidio.

—Si, es hermoso viajar. Para mí consiste en uno de los placeres más escogidos de este mundo. Recuerdo que...

Y el señor Elliot siguió hablando, mientras Jim Westton depositaba su atención en Catherine y en su esposo el inspector Sturges.

El inspector de policía era un hombre de unos cuarenta y ocho años, de rasgos regulares, de hablar sumamente pausado. En cuanto a su esposa Catherine, de unos treinta y cinco años, poco favorecida físicamente, destacaba de ella su intensa palidez y lo profundo de sus orejas. Bastaba ver cómo miraba a su marido para comprender lo muy enamorada que seguía estando de él.

—Lo pasé muy bien en Waterford, ciudad cuya fundación se

remonta a la época de los vikingos... —decía el señor Elliot.

Jim Westton se dedicó a mirar a Sylvia Corey, a esa muchacha a la que, según la viuda Garret, le gustaban demasiado a los hombres. Era muy atractiva. Tenía los ojos chispeantes y con los labios hacía un gracioso mohín como si estuviera esperando que le dieran un beso.

Al mirarla, Jim Westton se dio cuenta de que ella a su vez le estaba mirando a él y lo hacía, qué duda cabe, de un modo hartamente elocuente. Estaba claro que le encontraba todo un tipo y que la idea de acostarse con él la seducía irresistiblemente.

El detective le sonrió. La chica estaba muy bien y él tenía por costumbre aprovechar las oportunidades de ese género que se le ponían por delante. Sylvia Corey le devolvió la sonrisa de una forma sugestiva.

—Me gustó mucho Pjorsardalur, donde el célebre volcán Hekla ha creado una Pompeya en miniatura... —seguía hablando el señor Elliot—. Pero me gustó aún más, al pasar por Gullfoss, la impresionante vista de la Cascada de Oro, que ofrece un espectáculo brillante y ensordecedor. ¡Cómo relucen todos los colores del arco iris al contacto del sol con la llovizna que se eleva luego de la caída!

Jim Westton reparaba ahora en otro de los concurrentes, en este caso concreto, en Jack Crows. En aquel hombre propietario de una pequeña lancha motora, que unos treinta años atrás dio la coincidencia de que viera a Rebecca arrojarse por una de las ventanas del caserón. Jack Crows aparentaba bastantes años menos de los que tenía. Era alto y delgado y estaba encantado de la vida, al menos se sacaba esta conclusión al oírle reír.

—Recordaré siempre el crucero que hice por la Bahía de San Francisco hasta llegar al conocido presidio en la Isla de Alcatraz... —el señor Elliot era infatigable, no dejaba de hablar—. Pero durante la excursión que hice al Parque Nacional de Muir Woods me deleitó la contemplación de los impresionantes sequoias, árboles gigantes que tienen más de dos mil años de existencia...

Jim Westton depositó su atención en la viuda Garret. Quiso imaginarse lo que debía haber sido su vida y lo que debía haber tras aquel riguroso luto con el que, por lo visto, quería que la enterraran. Tuvo que ser en su juventud una mujer muy guapa.

Dejó de observarla para mirar a Carol, a su enfermera de cabello castaño, risueña expresión y espigada silueta. Una muchacha que a éí le había gustado, y mucho, desde el primer momento.

Instantes después, de pronto, se hizo entre ellos un silencio absoluto. Ni la respiración se les oía.

—Graak... graak... —había empezado a decir el papagayo con su voz gangosa.

Todos miraron hacia la dorada jaula. Y el papagayo, de vistosos

colores, pico corto, duro y curvado, pareció ufano de merecer tanta atención.

-—Graak... graak... —siguió dejándose oír. Y esta vez añadió una vez más—: Habrá muchas muertes aquí en Baldingsson... Habrá muchas muertes aquí en Baldingsson...

CAPITULO III

La noche se había hecho negra como ala de cuervo y los perfiles del caserón quedaban perdidos, difuminados, al borde mismo del acantilado, muy cerca del bramido, a ratos ensordecedor, de las olas del mar.

Habían empezado a caer algunas gotas, pronto sin duda llovería y Lewis Rollins se levantó del asiento en que se hallaba leyendo y llamó a su criado.

—Cierra todas las ventanas —le dijo.

—Si, señor —acató el sirviente.

Este era un joven de unos treinta años, alto y guapo, de muy buena presencia. Nadie entendía cómo había podido aceptar aquel empleo. Parecía poder aspirar a mucho más.

Pero no era así, y Nelson, éste era su nombre, lo sabía. Como asimismo lo sabía Lewis Rollins, y esto era lo que le había animado a aceptarle a su servicio.

Nelson había estado en un reformatorio, a donde fue a parar por asesinar a su madre. Ella tenía dinero, aunque no era guapa ni demasiado joven se daba buena maña para sacárselo a los hombres. Nelson se había acostumbrado a vivir sin trabajar, el dinero de su madre era un cómodo recurso. Pero su madre se cansó de su holgazanería y se negó a seguir ayudándole. De ahí que surgiera entre ambos una violenta discusión. Y como fuera que en aquella ocasión Nelson estuviera algo borracho, aunque no mucho, se vio incapaz de soportar el tono de su madre que consideró insolente y la amenazó. A ella le dio por reír y entonces él, cogiendo el hacha que tenían para cortar la leña que echaban a la chimenea, empezó a darle de hachazos hasta que inexorablemente acabó con ella.

Solo le salvó el hecho de ser menor de edad. De lo contrario hubiera acabado pudriéndose en la cárcel. Esto de tener suerte y no ir directamente a la horca.

¿Quién, pues, iba a darle trabajo por joven y guapo que fuera, y por muy buena presencia que tuviera?

El trabajo se lo dio Lewis Rollins. Sin duda pensó que un sirviente de tales características le iba a la medida.

En aquel preciso instante sonó el aldabón de la puerta y Nelson, que había empezado a cerrar las ventanas, se dirigió hacia allí. Pero algo sorprendido, pues no era frecuente que nadie llamara a aquellas horas avanzadas de la noche.

Así que abrió la puerta Nelson vio ante sí a una mujer no demasiado bien vestida que llevaba sobre el rostro un espeso velo

negro. Debía tratarse de una mujer mayor, porque los brazos eran secos y arrugados y otro tanto podía decirse de sus piernas. Llevaba un abrigo suelto, ancho, que no permitía adivinar su silueta.

— Deseo ver al señor Rollins —dijo la mujer,

—¿De parte de quién? —preguntó Nelson.

—Por favor, suplíquele que me reciba. Es de vital importancia.

—Pase usted.

Pero la dejó junto a la misma puerta. No se tomó la molestia de introducirla en la salita contigua.

Nelson se dirigió hacia el salón, donde Lewis Rollins estaba sirviéndose un brandy.

—Señor...

—Dime, Nelson.

—Una señora pregunta por usted.

—¿Quién es? —se extrañó—. ¿Qué desea?

—No ha querido darme su nombre. Dice que es de vital importancia.

Terminó de servirse el brandy y más indiferente que curioso, respondió: —Bueno, hágala pasar.

Instantes después aquella extraña mujer penetraba en la estancia. El espeso velo negro seguía cubriéndole el rostro.

— ¿Qué desea..,? —ante el aspecto poco atractivo de 3a recién llegada, Lewis Rollins se limitó a esta seca pregunta.

La mujer miró hacia el sirviente, que aún no se había retirado. Dio a entender con su gesto que estaba esperando a que lo hiciera.

—Vete, Nelson —quiso acabar cuanto antes con la intrusa.

—Sí, señor.

—Bien, ¿qué quiere usted...? —inquirió así que e! sirviente se retiró y la puerta de la estancia quedó cerrada..

—Han pasado muchos años desde la última vez que nos vimos... —la voz de la mujer se dejó oír tras el espeso velo—. Muchos años...

—Esa voz... esa voz...-—Lewis Rollins había sufrido una sacudida —. Pero no, no es posible...

La mujer se quitó el velo.

—Soy Rebecca —dijo.

Seguidamente ¡se desprendió del abrigo. Quiso por lo visto, que Lewis Rollins la viera tal como era.

¡Los años hablan destruido su belleza de! modo más cruel, más despiadado! Sus hermosos ojos verdes, rasgados, antes hermosísimos, tenían ahora una mirada hueca, apagada, sin brillo. Sus cabellos antes rojizos como una esplendorosa llamarada de fuego, no eran ahora más que una desdichada mata de cabellos resecos, requemados, parecían estopa. En cuanto a su cuerpo antes perfecto e ideal, de carnes prietas, turgentes, ahora era fofo, sin gracia de ninguna clase. Las arrugas abundaban

alrededor de sus ojos y de las comisuras de sus labios.

—Soy Rebecca —repitió.

El hombre que siempre llevaba el cabello peinado hacia adelante, tapándose así por entero la frente, sufrió de nuevo una sacudida. En esta ocasión el brandy bailoteó en su copa, desparramándose.

—Pero si el mar te tragó... Si el mar te llevó al otro mundo... —murmuró.

—Me salvé. Sabía nadar y bucear, ¿comprendes? —y Rebecca añadió—: Pero preferí que me dieran por muerta, sabía que eso me evitaría muchas complicaciones. No voy a negártelo, te tenía mucho miedo y temía tu venganza... Después de lo que había visto con mis propios ojos en la gruta...

Lewis Rollins no dijo nada y ella continuó.

—Por lo demás, mi madre acababa de morir, así que ya nada me ligaba a este lugar. Decidí desaparecer.

—Qué cambiada estás... —Lewis Rollins no pudo disimular su desencanto.

¡Era decepcionante, desolador, ver cómo los años la habían convertido en una vieja! ¡Era triste, lastimoso, desgarrador, ver que ya no quedaba nada, nada en absoluto, de la fascinante belleza que tuvo antes!

—Ya ni odio puedo inspirarte, ¿verdad? —y Rebecca, antes de recibir la respuesta de él, dijo—: Por eso estoy aquí. Sabía que, viéndome así, hecha una ruina, tu piedad sería mi mejor aliada.

Lewis Rollins comprendió que ella tenía razón. No era fácil odiar a una mujer que se había convertido en algo tan lamentable. Además, ¡habían transcurrido ya tantos años! El pasado parecía perderse en el recuerdo. Pero, ¿qué pretendería Rebecca a estas alturas? Algo, sin duda. De lo contrario no se hubiera presentado allí.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

-—Será mejor que antes te explique lo que ha sido de mi vida durante estos años.

—Si lo crees necesario...

—Imprescindible —puntualizó.

Y le hizo saber que luego de huir de su lado había seguido dedicándose a la prostitución. Pero en otra calle, en otra zona. Por nada del mundo quería volver a encontrarle.

– Pero nunca había tenido suerte y seguí sin tenerla —prosiguió diciendo Rebecca—, y así llegué, casi sin darme cuenta, a que los clientes me dejaran a un lado y eligieran a otras más jóvenes que yo. Entonces llegué, incluso a padecer hambre. Fueron unos años horribles. Hasta que conocí al doctor Otto Bringger, alemán, escapado de la zona Este.

Se interrumpió. Por escasos segundos.

Lewis Rollins no dijo nada en esta ocasión y ella continuó:

—El doctor Otto Bringger me aseguró que él podría devolverme la juventud, que tenía un medio científico para conseguirlo. Se trataba, no obstante, de llevar a cabo un largo tratamiento de inyecciones intravenosas. La idea tenía que haberme parecido disparatada, absurda —añadió Rebecca—, pero desde el primer momento vi tanta inteligencia en los ojos de aquel hombre, que le creí... ¡Deseaba, necesitaba creerle, sí, esto es cierto! Llegaban sus palabras en un momento en que me sentía tan hundida, tan derrumbada, tan terriblemente desolada... Y sí, me presté a aquel experimento... ¿Por qué no, si ya lo tenía todo perdido?

Tampoco ahora dijo nada Lewis Rollins. Siguió mirándola. Simplemente eso.

—Hace un par de semanas —prosiguió Rebecca—, el doctor Otto Bringger me dijo que el tratamiento había concluido... «Ahora se trata de culminarlo», añadió. Y cuando yo le pregunté lo que había querido decir exactamente, me respondió que para volver a tener una apariencia totalmente joven, como en mis mejores años, sólo hacía falta que... que...

Rebecca se detuvo. Daba la sensación de no atreverse a decirlo. ¡Iba a ser tachada de demente, de ida, de persona que ha perdido la razón!

— ¿Qué hace falta...? —preguntó Lewis Rollins, que desde luego estaba escuchando aquel relato con absoluto escepticismo.

—Hace falta que... que... —y tras vacilar un par de veces, Rebecca concluyó—: que encuentre sangre humana con que bañar mi cuerpo.

—¿Sangre humana? —a Lewis Rollins le había parecido que no había oído bien.

—Sí, sí —asintió ella, con énfasis—. El doctor Otto Bringger me juró que si bañaba mi cuerpo con sangre humana y dejaba que ésta se secara sobre mi piel, y si luego me bañaba en el mar, limpiándome de esa sangre que ya se habría oscurecido y coagulado, volvería a ser la que fui en mi juventud.

—¡Los años te han vuelto loca, desquiciada! —exclamó Lewis Rollins, sin poder contenerse—. La juventud se pierde y ya no se recupera jamás, debieras saberlo...

—No, no —Rebecca se había acercado a él, no decrecía su énfasis —. Es cierto lo que me dijo, totalmente cierto. ¡Lo presiento, lo sé! —y agregó—: El doctor Otto Bringger murió hace un par de días y antes de dar el paso supremo, antes de entrar en el Más Allá, me juró que no me había mentido... ¿No lo comprendes? En esos momentos se dice siempre la verdad.

—¡Lo dicho, estás loca, desquiciada! No puede ser de otro modo —pero se detuvo para mirarla más detenidamente, más

escrutadoramente—. Pero bueno, ¿para qué has venido tú aquí? ¿Qué pretendes de mí?

—Busco al hombre que... que... —Rebecca se decidió a decirlo—, que me encuentre la sangre que necesito.

***

Lewis Rollins tardó en reaccionar. Aquello no se lo esperaba.

Rebecca siguió en la brecha, obsesionada con su enajenada pretensión.

—He pensado que ese hombre podías ser tú —le hizo saber—. Sí, te estoy pidiendo que mates por mí... Me hago cargo de que te pido mucho, pero no es la primera vez que acabas con la vida de un ser humano, no te vendrá, pues, de nuevo...

—Será mejor que te vayas —dijo Lewis Rollins. Había reaccionado ya. Y quiso acabar de una vez con aquella sorprendente e inaudita situación—. Sí, vete... Y da gracias a que, debido a tu lamentable aspecto, no desee vengarme de ti...

—No sería justo que hicieras tal cosa —repuso Rebecca—. Es cierto que huí de ti, pero también lo es que pude delatarte a la policía y no lo hice.

—En esto tienes razón.

—Por lo tanto, nada nos impide ser buenos amigos. Por lo demás, recuerdo que hace años me dijiste que, si me quedaba a tu lado, harías siempre lo que yo quisiera, que me obedecerías en todo, sea lo que fuere lo que te pidiera... Que serías para mí como un esclavo...

—Eso fue hace muchos años. ¡Entonces eras tan fascinadora, tan seductora, tan hermosa! —y reconoció—: La sola idea de poseerte me embriagaba...

—Pero, ¿no lo comprendes, Lewis? —era la primera vez

en su vida que pronunciaba él nombre de aquel hombre que ocultaba, tras el cabello ahora entrecano que le caía sobre la frente, dos ojos negros, perversos, aterradores, diabólicos.

Dos ojos que quizá nadie sabía que existían. Sólo ella.

—¿Qué he de comprender? —inquirió Lewis Rollins.

—Que si recupero mi belleza, mi juventud —dijo ella, y su éxtasis la hacía vibrar desde la punta de los pies hasta la raíz de sus cabellos —, volveré a ser la de antes... ¡La misma! ¡Exactamente la misma! Pero ya no huiré de tí... Me quedaré contigo, haciéndote paladear los más exquisitos goces del amor... Y no sólo eso, podrás llevarme siempre a tu lado, por lo que serás la envidia de todos...

—¡Deliras, no sabes lo que estás diciendo! —exclamó Lewis Rollins, pero no pudo evitar, sin embargo, el acariciar apasionadamente, arrebatadamente, esa posibilidad que ella le ponía por delante.

P ero se la ponía por delante del modo más disparatado, más

descabellado, más irracional. Lo mismo que si estuviera loca de remate y quisiera volverle loco de remate a él.

—¿Qué ha sido tu vida amorosa, sexual, hasta ahora...? —preguntó Rebecca—. No, no hace falta que me respondas. Ha sido un fracaso. Siempre un fracaso... Debido a tu anormalidad... Anda, dime, ¿a cuántas muchachas has matado? Seguro que Susan, Diane y Kim, mis compañeras, no fueron las últimas... Pues bien, olvida tanta angustia, tanta impotencia, tanto querer y no poder, y piensa que aún eres joven, no debes haber cumplido aún los cincuenta, ¿verdad?, y piensa que tienes derecho a lo mejor... ¡Y lo mejor puedo ser yo para ti si tú me ayudas!

—Deliras... deliras... —Lewis Rollins repitió la palabra una y otra vez, pero su voz había bajado de tono, en extensión y en seguridad.

— ¡Ayúdame, Lewis! —había caído de rodillas a sus pies—. ¡Ayúdame y la juventud y la belleza volverán a mí y yo a cambio te las entregaré plenamente...! Tú volverás a sentirte enamorado de mí... ¡Como antes! Pero ahora me tendrás en tu cama siempre que quieras. ¡Resultarán embriagadoras nuestras noches de amor!

—Si eso pudiera ser cierto —dijo Lewis Rollins, entre dientes—, mataría... Mataría todas las veces que hiciera falta. Nunca he sido bueno, así que por escrúpulos de conciencia no sería... Además, tengo a Nelson, es un sirviente con el que puedo contar... Haga lo que haga, nunca me traiciona. Me basta con pagarle bien, su boca permanece cerrada... ¡Pero es absurdo, ridículo, esa esperanza que tienes, Rebecca! No conozco a nadie que haya recobrado la juventud.

—Yo seré el primer caso. El doctor Otto Bringger me lo prometió. ¡Y sé que no me mentía, lo sé!

—No, no es sensato que yo crea en estas palabras tuyas... No es sensato...

Pero Lewis Rollins vacilaba. Cada vez más. No podía evitarlo. Contra toda cordura y razonamiento, el deseo de Rebecca tomaba cuerpo dentro de él.

Rebecca se dio cuenta de que era el momento de inclinar la balanza a su favor. ¡Entonces o nunca!

Se levantó del suelo, se acercó a Lewis Rollins y apartándole de la frente el espeso cabello entrecano dejó que la miraran aquellos dos ojos negros, perversos, aterradores, diabólicos.

A ella ya no le daban miedo. Además, estaba convencida de que aquellos ojos habían de colaborar, satisfechos, casi regocijados, en todo lo malo que ella pudiera estar proponiendo.

— ¡Dame sangre humana! —Rebecca alzó la voz de un modo frenético—. ¡Dame sangre humana y devuélveme la juventud y la belleza!

Los ojos negros lanzaron llamaradas, mientras los otros, los azules,

parecían asustados, sobrecogidos. ¿O esto, simplemente, se lo pareció a Rebecca?

Como fuera, Lewis Rollins había de responder finalmente:

—Tendrás la sangre que me pides...

En aquel momento, como si el destino respondiera a sus macabras apetencias, se oyó el aldabón en la puerta de entrada.

Nelson fue a abrir. Al poco llamaba con los nudillos al salón y comunicaba a su señor que se trataba de un forastero, de un excursionista. Se había extraviado. Y como sea que había empezado a llover, se tomaba la libertad de pedir cobijo.

CAPITULO IV

El cobijo le fue concedido con toda amabilidad. ¡No faltaría más! Podía considerarse como en su propia casa.

—Son ustedes muy amables...

El cabello volvía a cubrir la frente de Lewis Rollins. Nada, pues, había ahora de anormal en él. Por lo que respecta a Rebecca, sólo era una mujer mayor que parecía totalmente inofensiva.

Pero Lewis Rollins tenía un duro y cruel gesto de boca, y aunque sus ojos azules paliaban siempre la impresión que pudiera recibirse al mirarle, lo cierto e indudable es que en esta ocasión el forastero, el excursionista, no pudo por menos de sentir que un frío intenso, helado como si llegara de mismísimo Polo Norte, se le metía en los huesos.

—¿Le apetece un whisky? ¿O acaso prefiere un brandy...?

—Mejor un brandy. Gracias, señor —aceptó.

Era un hombre de mediana edad, bastante robusto. Tenía aspecto de buen apetito y de buena salud.

«Dicen que en un organismo normal existen unos siete litros de sangre, aproximadamente el nueve por ciento del peso del individuo...», pensó Rebecca. «Pero este hombre quizá tenga más, parece muy fuerte y muy sano... Sin duda antes de morir sacará un mínimo de...»

—Espero que pronto deje de llover —dijo el forastero a continuación—. No quisiera molestarles mucho...

—No se preocupe —contestó Lewis Rollins—. Puede permanecer con nosotros todo el tiempo que desee.

—Gracias.

—Lo peor será —intervino Rebecca—, que su esposa esté esperándole y se impaciente.

—No tengo esposa —contestó.

—Entonces, tal vez, sus hijos...

—Soy soltero y vivo solo —les informó—. Mi ausencia no inquietará a nadie.

—Siendo así —repuso Lewis Rollins—, quédese a pasar la noche aquí. Quién sabe, quizá no deje de llover en varias horas. Diré a mi sirviente que prepare cena para uno más.

—¡Oh; no, serían demasiadas molestias!

—Será un placer, se lo aseguro.

—Bueno... gracias... —no se vio capaz de seguir negándose.

Durante la cena, no obstante, empezó a lamentar seriamente el haber aceptado aquel ofrecimiento. No le gustaban! nada las miradas

que Lewis Rollins y Rebecca se intercambiaban.

Quiso convencerse, empero, de que sus reparos eran ridículos. Total y absolutamente ridículos. ¿Qué podía temer? Nada, claro que no.

Pero por más que quiso, por más que lo intentó, aquel hombre no consiguió tranquilizarse del todo. De ello que, al irse a dormir, al entrar en la amplia habitación que le habían destinado, decidiera correr el cerrojo. Solo así podría dormir de un tirón.

Pero no había cerrojo, ni nada que permitiera cerrar por dentro, por lo que no le quedó otro remedio que colocar una silla contra la puerta.

Aún así, pensó que lo mejor que podía hacer era no desnudarse. Se echaría vestido sobre la cama y reposaría, pero sin dormirse.

Lo hizo de esta forma. Sin embargo, el silencio era absoluto en el interior del caserón, el sonido de la lluvia persistía en los cristales de la ventana como una música lenta y mono-! tona, y llegó un momento en que no pudo evitar que los párpados se les entrecerraran. Se adormeció.

Fue unos minutos después, no muchos, cuando el pomo de la puerta empezó a moverse.

Quien pretendía entrar parecía saber que el forastero había pegado una silla a la puerta, de ello, sin duda, que actuara con toda clase de precauciones.

Fue adelantando poco a poco hasta que, habiendo entreabierto cosa de un palmo, pudo pasar la mano y sujetar la silla.

Hecho esto, siguió empujando la puerta.

En conclusión, no hizo el menor ruido, consiguiendo meterse dentro.

Ya allí, ante el hombre que dormía en la cama, sacó del bolsillo de su americana un trozo de algodón. Un algodón impregnado de un líquido que olía fuerte.

Pero antes de utilizarlo, el hombre que dormía se movió, se despertó, y al ver que no estaba solo se asustó muchísimo y se incorporó en la cama de un brinco.

Pero ya para entonces, Lewis Rollins, que era la persona que sigilosamente había penetrado en el dormitorio, se abalanzaba sobre él…

Sin embargo, no lo hizo con aquel algodón impregnado de cloroformo. Le pareció mejor hacerlo de un modo más rápido.

Por eso, alzando en el aire la silla que aún no había dejado de sujetar, la descargó violentamente sobre su cabeza, y el hombre cayó tendido sobre la cama, perdido por completo el conocimiento.

—¡Nelson! —llamó Lewis Rollins.

El joven y guapo sirviente se presentó en seguida. Debía estar muy

cerca, allí mismo. De lo contrario no hubiera llegado tan pronto.

—Llévale al cuarto de baño. Déjale junto a la bañera.

—Sí, señor —respondió Nelson con la misma naturalidad que si le hubiera pedido que fuera a ia bodega a buscar una botella de buen vino.

Nelson se encargó pues de cargar con el forastero y de llevarle y dejarle junto a la bañera. Lugar donde aguardaba Rebecca con una expresión realmente anhelante.

—Te llamaré cuando te necesite —dijo Lewis Rollins al sirviente, poco después.

—Sí, señor.

Neilon se retiró sin preguntar nada, sin pedir explicaciones. Debía ser su método. Su naturalidad era asombrosa.

Lewis Rollins, entonces, se inclinó sobre el cuerpo del forastero que yacía derrumbado sobre las baldosas del suelo, y le incorporó.

Le incorporó lo suficiente para dejarle metido medio cuerpo dentro de la bañera, con los brazos caídos hacia el fondo.

¿Qué pretendía?

La respuesta saltaba a la vista si se miraba a Rebecca, o mejor dicho, si se miraba a sus manos, a sus dedos. Allí tenía una hoja de afeitar.

—¡Dame! —le pidió Lewis Rollins— ¡Yo mismo lo haré! ;Cuanto antes acabemos mejor!

Y sin vacilar, con una pasmosa y espeluznante sangre fría, le cortó las venas a aquel pobre desgraciado.

Las venas de las dos muñecas...

Por lo que la sangre empezó a fluir rápidamente. Tan rápidamente como si tuviera prisa por huir de allí.

El golpe recibido en la cabeza había sido fuerte, contundente, pero lo normal era que el hombre volviera en sí de un momento a otro. En realidad, empezaba ya a moverse, a agitarse.

Por ello, y anticipándose a posibles contratiempos, Lewis Rollins sacó a relucir de nuevo el algodón impregnado de cloroformo. Se lo aplastó en la cara.

Pero antes de que el cloroformo surtiera su efecto, el hombre abrió los ojos. Apenas un poco, pero tuvo tiempo sobrado para verse medio metido en una bañera y para ver como, rápida, veloz, la sangre fluía de sus muñecas. ¡Se estaba desangrando!

Sintió tanto horror, tanto pavor, que los ojos se le desorbitaron hasta quedar vueltos del otro lado, completamente blancos.

Y se quedaron abiertos y blancos... El cloroformo le había ya inmovilizado.

La sangre siguió saliendo.

Aprisa, muy aprisa.

Después más despacio, muy lentamente, como con esfuerzo.

Finalmente la sangre se detuvo.

Ya no salió más. Le había sobrevenido un paro cardíaco. . —Ha muerto —dijo Lewis Rollins. Y tras mirar el contenido de la bañera, inquirió—: ¿Qué, tienes bastante?

—Sí, sí —afirmó Rebecca—, para esta primera vez... Porque deberé repetir el baño catorce veces... Exactamente catorce... —hasta entonces no se lo había dicho.

—Bueno, de momento te basta —no había dado importancia al pormenor. Y alzó la voz—: ¡Nelson! ¡Nelson!

El sirviente se presentó.

—Cógelo —le indicó el cadáver—, y llévatelo lejos del caserón. Lo más lejos que puedas, Pero ten cuidado, nadie debe verte. Y hazlo pronto —añadió—, antes de que cese de llover. Así la lluvia borrará toda posible huella.

—Sí, señor.

Nelson cargó sobre sus espaldas con el cuerpo del cadáver y lo sacó del amplio cuarto de baño. Entonces Lewis Rollins se volvió hacia Rebecca.

—Ya tienes la sangre humana que me pedías—le dijo—. Ahora demuéstrame que el doctor Otto Bringger no era un embaucador y un farsante.

***

Rebecca se desnudó.

En otros tiempos los ojos de Lewis Rollins se hubieran agrandado de admiración, de deseo, pero ahora no fue así. Era una mujer fofa, arrugada, la que aparecía ante él. Era una mujer que no podía inspirarle ninguna apetencia.

Pero la expresión de Rebecca irradiaba una confianza ciega, una loca esperanza, y al mismo tiempo un anhelo inusitado, y Lewis Rollins se contagió de lo que ella sentía y pensó que, quizá, sí fuera cierto aquello.

Pero no, no podía confiar en eso. Hacerlo no era sensato ni razonable.

De todos modos, iban a hacer la prueba. Nunca se sabe a qué fronteras inauditas e inusitadas puede llegar triunfadora la ciencia.

Rebecca se metió en la bañera y empezó a untarse con aquella sangre aún caliente.

Se untó primero la cara y el cuello, y también el cabello, por lo que, antes de proseguir en su tétrica y repelente tarea,

dio la sensación de llevar encima una máscara roja. La más espeluznante y monstruosa máscara para el más terrible y macabro de los carnavales.

Se untó seguidamente las piernas, desde los pies, los tobillos, hasta

más arriba de los muslos, y por delante, y por detrás, sin olvidar ni un centímetro de piel. Después llevó aquella sangre hasta sus hombros, haciéndola resbalar abundantemente por su espalda. Luego le tocó el turno a su busto, a su vientre, a todo su cuerpo.

Finalmente se untó los brazos y las manos.

Y así, siniestramente embadurnada de sangre, quedó de pie en medio de la bañera.

Había acabado con toda la sangre que salió del cuerpo de aquel hombre.

Un hombre que en aquellos momentos era dejado junto a unos matorrales, a un kilómetro aproximadamente del acantilado. Y allí se quedó, bajo la-lluvia, con los ojos muy abiertos, totalmente blancos...

Nelson regresó sin ser visto.

—Ya está hecho, señor —dijo al llegar.

Había obedecido, una vez más, con absoluta naturalidad.

Lo dicho, como si su señor se hubiera limitado a pedirle que sacara de la bodega una botella de buen vino.

***

La sangre se había coagulado y ennegrecido sobre el cuerpo de Rebecca. La obligada espera había concluido.

—Voy a bañarme, ya no es necesario que aguarde más —dijo ella a Lewis Rollins, quien no se había apartado de su lado ni un solo instante—. Me has dicho que entre las piedras del acantilado se puede descender e ir a para a una pequeña cala, ¿no? Pues me bañaré allí.

—De acuerdo.

—Acompáñame tú...

—Sí, claro.

Al poco habían salido del caserón y habían descendido por allí, por entre las piedras, llegando hasta la pequeña cala.

Ya no llovía y lucía la luna, así que les quedó facilitado el camino, el descenso.

Ya en la fina arena, que no obstante apenas cubría unos pocos metros cuadrados de superficie, ella tembló de emoción.

—¡Oh, Lewis! —exclamó—. No sé qué me pasa... Tengo miedo... Miedo a fracasar... Sería espantoso, espantoso... ¡Me he hecho tantas ilusiones!

Cuando salieron dei caserón, Nelson no estaba. O mejor dicho, parecía no estar. Nelson era un hombre que sabía ser todo lo discreto que exigiera el caso.

Pero Lewis Rollins sabía que, de suceder algo imprevisto mientras Rebecca se bañaba, les avisaría. Podía confiar plenamente en él.

Rebecca se acercó al mar, a las olas llenas de espuma que se metían en la cala. Pero se acercó despacio, irresoluta, medrosa,

evidentemente asustada de la trascendencia que aquel instante iba a tener en su vida.

Pero no quiso pensárselo demasiado, y tras echar una mirada atrás, hacia Lewis Rollins, decidió meterse en el agua. Y lo hizo de pronto, aprovechando que se acercaba una gran ola.

Debió pensar que, puesto que tenía que hacerlo, puesto que tenía que encararse con aquella verdad o con aquella mentira, no valía la pena andarse con vacilaciones. Estas sólo servirían para dilatar inútilmente una situación en realidad insostenible.

La ola la cubrió enteramente, y durante unos segundos el cuerpo de la mujer desapareció. Aunque por brevísimos instantes, el mar pareció engullirla.

Pero no, Lewis Rollins sabía que Rebecca era una buena nadadora y que no había peligro ninguno para ella.

Quedó a la espera, pues, de verla reaparecer. A la espera de ver cómo asomaba la cabeza por la superficie.

En efecto, allí estaba ya. Tras la cresta de la ola, volvía a dejarse ver.

La luna seguía irradiando claridad, pero no la suficiente para que Lewis Rollins, desde la fina arena de la cala, viera si la juventud y la belleza estaban volviendo a aquella mujer.

Pero Lewis Rollins oyó cómo Rebecca empezaba a jadear… ¡Y lo hacía de un modo tan ansioso, tan vehemente, tan agitado, que comprendió que algo trascendental sucedía!

¿Y qué otra cosa podía ser sino la realización de aquella al parecer desatinada pretensión? ¿De qué otra cosa podía tratarse sino del logro de aquella enajenada y loca esperanza…?

Lewis Rollins, sin embargo, no podía creérselo. Era creer demasiado.

Pero seguían los jadeos de Rebecca, que ahora se habían convertido en muestras inequívocas de una alegría inmensa, inusitada, desbordante.

—¡Lewis! —la oyó gritar al poco, estrangulada su garganta por la más profunda de las emociones—. ¡Lewis, en mis brazos ya no hay arrugas! ¡Mis manos son deliciosamente jóvenes!

Lewis Rollins seguía sin creérselo. No terminaba de admitir que fuera cierto algo que, a todas luces, resultaba absolutamente inadmisible.

—Voy a salir… Voy a salir… —la oyó decir pocos instantes después.

Y cuando Rebecca salió del agua, de entre la espuma de las olas, Lewis Rollins pudo contemplar un cuerpo de mujer maravillosamente joven y bello. Sus senos aparecían erguidos, desafiadores, su talle se dejaba ver seductoramente esbelto, y sus caderas surgían

redondeadas y atractivamente cimbreantes… Sus piernas eran largas y esbeltas, de muslos duros… ¡Y en el rostro, precioso, lleno de atractivo, resaltaban aquellos magníficos ojos verdes, rasgados!

Como si no hubieran transcurrido aquellos treinta años. ¡Más que obra de Otto Bringger, un doctor alemán escapado de la zona Este, parecía obra del diablo!

Rebecca fue directamente hacia el hombre que ahora daba la sensación de ser viejo. ¡Resultaba tan esplendorosa la juventud de ella!

—¡Lo he conseguido, Lewis! —gritaba—. ¡Lo he conseguido! —y se miraba a sí misma, brillante de júbilo sus pupilas—. ¿Verdad que lo he conseguido? Tú me ves mejor…

Lewis Rollins, aceptando ya plenamente aquella realidad, la miraba lleno de fascinación, de éxtasis, de deseo. ¡Exactamente igual que la mirara en otros tiempos!

—¡Estás radiante! —exclamó, y abrió los brazos para recibirla.

Rebecca cayó en ellos. No podía dejar de hacerlo. El precio estipulado era ése, como lo sería, más adelante, satisfacer su pasión.

Una pasión que ya veía asomar, arrolladora, incontenible, en aquellos ojos…

¡En aquellos cuatro ojos!

Porque el viento había agitado los cabellos de Lewis Rollins, apartándolos de su frente. Y eran cuatro ojos, pues, que ahora miraban a Rebecca proclamando que su juventud y su belleza le fascinaban.

—¡Necesito verme en un espejo! —Rebecca casi lloraba de emoción.

—Sí, sí… —decía Lewis Rollins, y acariciaba sus largos y sedosos cabellos de color de fuego, que cuando se secaran serían como una esplendorosa llamarada.

CAPITULO V

Jim Westton acababa de llegar a la casa de la viuda Garret.

Se había levantado temprano, saliendo del hotel una media hora después. Al volante de su coche, dio seguidamente una vuelta por Baldingsson, una localidad bastante más grande de lo que se había supuesto en un principio. Y antes de las nueve y media estaba ya allí, en la casa de la viuda Garret, desayunando, mientras de vez en cuando miraba complacido a la benita enfermera.

Carol se sentía satisfecha y halagada con aquellas miradas. Pensaba que había tenido suerte al dar, en un lugar como aquel, con un joven tan alto y bien plantado. Los hombres así eran su debilidad.

—Dígame, Carol —oyó que le preguntaba el detective— ¿le gusta su trabajo?

—¿Se refiere a si me gusta ser enfermera? ¡Oh, sí! Y más —sonrió — con clientes tan adorables como la señora Garret.

—Gracias —sonrió a su vez la viuda Garret—. Pero es la tuya, Carol, una alabanza que no me merezco. De adorable tengo poco. Lo cierto es que a menudo saco a relucir mi mal humor. Sobre todo desde que mi papagayo...

En aquel momento se oyó el motor de un coche.

Se trataba del inspector de policía.

—Es el señor Sturges —dijo la viuda Garret, que se había acercado a la ventana—. Es raro que regrese tan pronto a su casa... Pero no — se corrigió a sí misma—, no va a su casa, viene directamente a la mía.

Antes de separarse de la ventana se aseguró de que, en

efecto, el inspector Sturges dejara atrás su propia casa. La de persianas verdes, toda ella pulcramente blanqueada.

—¿Qué puede querer? —la viuda Garret se había puesto nerviosa sin necesidad de más.

—-Siéntese tranquilamente y espere a ver qué dice —le aconsejó Jim Westton.

—Yo iré a abrir —dijo Carol.

El inspector Sturges se presentó muy nervioso, lo que francamente no era habitual en él.

Pero la situación no tenía nada de agradable. Acababa de encontrarse el cadáver de un desconocido junto a unos matorrales, cerca de allí, apenas a un kilómetro de distancia.

—Tiene las venas de las muñecas seccionadas al parecer con una hoja de afeitar. Ha muerto desangrado. Pero ha debido ser asesinado

en otro lugar, porque la sangre no ha aparecido por ningún sitio... —y concluyó diciendo—: Presenta una herida en la cabeza. Debió recibir un fuerte golpe.

—¡Oh, qué horror! —exclamó la viuda Garret.

—Bueno, señora, ¿qué tiene usted que decirme? —y el inspector Sturges demostró que no estaba demasiado sobrado de paciencia—. ¡Basta ya de cuentos y dígame todo lo que sepa!

— Lo que sepa, ¿de qué? —se atragantó la anciana.

—¿De qué va a ser? De todo ese tinglado que ha armado usted. ¿O cree —se exaltó—, que yo me he tragado ese asunto de su lindo papagayo?

—¿Qué quiere usted decir...? —preguntó Carol, molesta por el tono que el inspector había usado.

—Quiero decir, y digo, que un papagayo no aprende a hablar si alguien no le enseña, y que puesto que este... —le miró de soslayo, viéndole todo ufano en su jaula dorada—, puesto que este habla más de la cuenta, es fácil sacar la conclusión de que...

—Hace mal sospechando de mí, inspector Sturges —la viuda Garret se irguió, adquiriendo un gesto digno—. Yo no tengo nada que ver con lo que dice o deja de decir mi papagayo.

—Entonces se trata de otra persona. Pero, ¿de quién...? ¿De quién si puede saberse? —e inquiriendo se quedó mirando a Carol.

—Ahora está sospechando de mí, ¿verdad? —a la muchacha no le había gustado nada aquella mirada inquisitiva.

—Yo no sospecho de nadie... aún —puntualizó el inspector Sturges —. Sólo hago constar que alguien, forzosamente, ha tenido que...

—Estoy de acuerdo con usted, inspector —se metió Jim Westton en la conversación—. Tiene que haber un responsable.

—Recuerdo su cara —repuso el inspector Sturges, mirando a Jim Westton—. Sí, claro, le conocí el otro día, aquí... Y si no recuerdo mal, la señora Garret dijo que era usted detective.

—Sí, en efecto —corroboró la anciana, anticipándose a la respuesta del interesado—. Y he sido yo quien ha contratado sus servicios. Estaba convencida de que algo malo iba a suceder.

—Ya que va a husmear en el asunto, puesto que para eso I por lo visto le pagan —se dirigió a Jim Westton, no a la anciana—, infórmeme a mí si se entera de algo. ¿De acuerdo? Soy yo quien llevo el caso. No lo olvide.

— No lo olvidaré —aseguró Jim Westton.

—En cuanto a usted —ahora el inspector se volvió hacia la viuda Garret—, le agradecería que comprendiera que esto no es un juego divertido. Ha podido serlo hasta ahora, hasta antes de aparecer el primer cadáver... Pero ahora se ha convertido —agregó—, en un asunto sumamente desagradable.

—Sí, claro —admitió la anciana

—Y puesto que, lo repito, un papagayo no habla si no se le enseña... A propósito —terció—, ¿quién más que usted, señora, y que usted, señorita Carol, tiene acceso a esta jaula?

—La mujer que viene a hacer las faenas... —empezó a decir Carol —. Pero es una bonachona mujer de la que no cabe sospechar nada.

—La conozco —y dando por descontado que de ella, en efecto, no cabía sospechar—. ¿Quienes más tienen acceso a esa jaula?

—Nadie más —contestó la viuda Garret.

—Pues siendo así, permítame que insista en que esto no es un juego divertido, y que a usted, señora, le conviene no verse mezclada...

—Mi clienta no se verá mezclada en nada —aseguró Jim Westton, interrumpiendo al inspector—. Para eso estoy yo aquí. Pero tiene que haber una explicación, esto es indudable. No se lo niego.

—El papagayo pertenece a la señora Garret...

—Esperemos que ese crimen sea el único —dijo Jim Westton—. En tal caso podría tratarse de una mera coincidencia, ¿no cree usted? —pero él era el primero en no creerlo así.

—Esperémoslo —se limitó a decir el inspector, por lo visto considerando que de momento había dicho ya bastante.

Y poco después se fue de la casa.

Pero la viuda Garret se había quedado muy asustada.

—¿Sabe lo que le digo, señor Westton? El inspector tiene razón. Todo este lío de mi papagayo hace que yo resulte muy sospechosa.

—No se preocupe —repuso el detective.

Sonó el teléfono. Estaba situado en una pequeña mesita, entre el sofá y los dos sillones haciendo juego.

Carol fue a descolgarlo.

– Es para usted, señor Westton —había de decir tras escuchar una voz femenina a través del hilo.

—¿Quién es...? —preguntó el detective.

—No ha querido decirlo.

Se acercó al auricular, que la muchacha le alargaba,- y se lo llevó al oído. Estaba convencido de que aquella llamada tenía algo que ver con el crimen cometido.

—Dígame.

—¿El detective Westton...? —preguntó la voz femenina.

—El mismo.

—Me gustaría verle cuanto antes —dijo.

—¿Puedo saber para qué?

—Se lo diré cuando le vea.

— ¿Se trata de la muerte de ese forastero...? —quiso saber.

—Sí, sí... —contestó.

—De acuerdo.

—Acuda a la dirección que voy a darle. Pero no diga a nadie, a nadie absolutamente, que yo le he llamado, ¿comprende? Es cuestión de vida o muerte.

—No se preocupe, seré todo discreción. ¿Qué dirección es ésa?

Se la dio. Era en Baldingsson, en una de sus mejores calles. Jim Westton recordaba haber pasado por allí con su coche. Todo eran pequeñas torres, algunas de ellas sin duda de veraneo.

—¿Quién era? —preguntó Carol, una vez concluida la llamada.

—¿Qué quería? —preguntó a su vez la viuda Garret.

—Nada importante —Jim Westton no quiso dar explicaciones.

No solía darlas nunca. Ni siquiera a la persona, o personas, de quienes cobraba sus honorarios. Así se ahorraba imprevistos desagradables. La verdad es que en su profesión nunca puede uno fiarse de nadie. Así que él no se fiaba ni de su propia sombra.

***

Detuvo el coche ante el número que la voz femenina le había indicado. Era allí.

Se apeó, dando las últimas chupadas a su cigarrillo. Luego lo tiró al suelo y lo chafó con el talón de su zapato mientras miraba hacia la casa en cuestión.

No estaba nada mal. Quien sea que viviera allí no debía saber de privaciones económicas.

Se acercó a la puerta e hizo sonar el timbre.

Aguardaban su llegada, qué duda cabe. Al instante la entrada le fue franqueada.

Jim Westton se quedó un poco sorprendido. Aunque no demasiado, valga decirlo, porque se había habituado a que la sorpresa no fuera, en ningún caso, un factor que le condicionara.

Pero en esta ocasión no esperaba encontrarse con Sylvia Corey, así que pestañeó un poco al verla aparecer ante él.

—He sido yo quien le ha telefoneado —dijo ella.

—Ya veo, ya veo...

—Pase, señor Westton.

—Con su permiso —y se adentró en la casa.

Una casa que por dentro estaba aún mejor que por fuera.

Perfectamente amueblada y decorada, todo decía la buena situación económica de sus propietarios.

—Mis padres no están, han tenido que ir a visitar a un pariente enfermo. Así que podremos hablar con toda tranquilidad... —pero Sylvia Corey no reflejaba el menor nerviosismo.

Por el contrario, todo en su expresión reflejaba que su estado de ánimo era magnífico.

Percatándose de ello al instante,. Jim Westton quiso ante todo

aclarar la cuestión. Los malos entendidos nunca le habían gustado.

—Me ha dicho que se trataba de un asunto de vida o muerte, ¿no es eso?

—Se lo he dicho para que no desoyera mi petición... —sonrió Sylvia Corey, chispeante sus ojos—. Aunque bien mirado, sí se trata de un asunto de vida o muerte...

—¿De veras? —el detective hizo un gesto de incredulidad.

—Sí, de veras —asintió—. Necesitaba verle. ¿Quiere que le sea sincera? Nunca he conocido a un hombre tan apetecible como usted.

—¿Apetecible...? —acababa de comprender por dónde iba el tejemaneje de aquella muchacha.

—Me gusta usted, señor Westton. A rabiar... —e hizo aquel gesto con la boca, aquel mohín tan suyo, como si estuviera esperando que le dieran un beso—. Siéntese, por favor. Le serviré un whisky.

Jim Westton fue a tomar asiento en uno de los sillones, pero ella le llevó hacia el diván.

—Aquí mejor, señor Westton.

Y así que le sirvió el whisky, se sentó a su lado. Tan a su lado que ya de buenas a primeras quedó pegada a él.

—Yo esperaba que me hablara de la muerte de ese forastero...

—Lo lamento, sólo se lo he hecho creer así para asegurarme su visita. Le ruego que me disculpe.

—Ya veo que no se anda por las ramas. Sabe ir directo, del modo más claro y conciso, hacia lo que desea.

—Lo que deseo es hacer el amor con usted... —se lo dijo sin reparos, acercándosele aún más.

Jim Westton se dio cuenta de que la muchacha, bajo la

bata larga que llevaba descuidadamente anudada, no llevaba ninguna otra prenda. Por el entreabierto escote se veían sus senos, pequeños, juveniles, muy erguidos. Por la abertura de la falda, surgían sus rodillas, sus muslos y algo más... Desde luego no llevaba bragas.

—Me gusta ser yo el que dé el primer paso —le hizo saber Jim Westton considerando que encontraba demasiadas facilidades.

O dicho de otra forma, que encontraba muy pocos impedimentos. Pero, en fin, las oportunidades no siempre aparecen de la forma que uno desea.

—¿Qué importa eso, señor Westton? ¿Qué importa que sea usted o sea yo quien haya dado el primer paso? Lo esencial es gustarse. Y usted me gusta a mí, y yo a usted me parece que también, ¿no?

—Tendría que ser de hielo para no sentirme atraído hacia sus encantos —aseguró Jim Westton—. Y no estoy hecho de esa materia, se lo aseguro.

La estrechó entre sus brazos y la besó, siendo correspondida la

caricia de un modo casi violento. ¡Vaya con la muchacha, parecía un volcán!

—Se las gasta, ¿eh?

—Eso dicen. Anda, venga…

Se había levantado del diván, indicándole una puerta a través de la cual se veía un bonito dormitorio.

—Comprendo —repuso él—, le gusta hacer el amor cómodamente…

—Para mí cualquier sitio es bueno —aseguró ella—. Un diván, el suelo, de pie… Todo me va… Lo decía por usted, señor Westton… —y para no perder tiempo, pues estaba ya muy excitada, quiso excitarle a él, por lo que se desprendió de la bata.

Al verla desnuda, Jim Westton temió estar viéndoselas con una menor. Tenía el cuerpo de una chiquilla.

—Oiga, ¿qué edad tiene?

—Soy mayor de edad, no voy a plantearle problemas de ese tipo, tranquilo. De todos modos, usted no va a ser el primero en acostarse conmigo, ni el segundo, ni el tercero… Confieso que mi lista es muy larga…

—No hacía falta la aclaración.

Sylvia Corey se echó en la cama y quedó a la espera de que Jim Westton satisfaciera sus apetencias.

El detective estuvo a la altura de las circunstancias, era un tipo muy viril. Nunca había defraudado a ninguna mujer.

Pero Sylvia Corey se quedó con ganas de repetir.

—No se vaya… —aún jadeaba—. Siga a mi lado un poco más… Aún estoy ansiosa…

En aquel momento Jim Westton comprendió que aquella muchacha era una enferma, una ninfómana.

Y padecer de ninfomanía, Jim Westton lo sabía, equivalía a sentir un exacerbado apetito sexual, experimentando un deseo violento e insaciable de entregarse al coito. Por eso a esa enfermedad los doctores la califican de «furor uterino». Consideran, asimismo, que sus orígenes más frecuentes suelen obedecer a causas mentales, histerismo o demencia precoz.

—Me voy —dijo Jim Westton, sin querer permanecer allí ni un segundo más.

Pero Sylvia Corey quiso retenerle y actuó en consecuencia.

—¿Verdad que le gustaría saber quién ha matado al forastero? —preguntó.

—Sí —contestó él.

—Yo podría decírselo… —seguía en el lecho, desnuda, ofreciendo impunemente su desnudez—. Yo lo sé.

—No sabe nada —repuso Jim Westton.

—Le aseguro que sí.

—Pues dígamelo.

—Sólo si se queda un poco más.

—¿Lo ve? Sólo está intentando retenerme…

—Voy a demostrarle que no. Pero a una condición, otro día haremos lo mismo…

—No prometo nada.

—Aún así, no queriendo que me tache de desagradecida —sonrió Sylvia Corey—, voy a facilitarle una buena pista. Haga una visita a Jack Crows. Sabe quién es, ¿no? Es el propietario de una pequeña lancha motora. Hará unos treinta años dio la coincidencia de que viera a Rebecca, una prostituta, arrojarse por una de las ventanas del caserón —y la muchacha agregó—. Aquí en Baldingsson todo el mundo conoce a Jack Crows.

CAPITULO VI

El milagro se había realizado y la vida amorosa de Lewis Rollins se había convertido en lo que él siempre había soñado. A su lado se hallaba Rebecca, joven, tentadora y hermosa como si los años no hubieran transcurrido.

Pero ese milagro no era obra de Dios sino, din duda, del diablo. Del diablo tenía que ser puesto que exigía sangre humana para verse realizado.

—Necesito más sangre —le recordó ella aquella noche, en medio de la penumbra del dormitorio, cuando sabía que él se hallaba en la mejor disposición para no negarle nada—. Recuerda que te lo dije... Debo tomar catorce baños... Exactamente catorce... De lo contrario la cura no habría sido debidamente practicada y las consecuencias resultarían nefastas.

—Tendrás toda la sangre que necesites —le respondió Lewis Rollins, con el tono crispado.

Con ese tono que salía siempre de su garganta. Parecía no tener otro.

—Tendrás toda la sangre que necesites... —repitió.

A él lo único que le importaba era tener a aquella mujer entre sus brazos. Una mujer de la que, por segunda vez, se había enamorado locamente.

—Gracias —sonrió ella, acercándosele cariñosamente.

—Después —dijo Lewis Rollins—, cuando el éxito esté garantizado, nos iremos a vivir a otra parte. Donde nadie nos conozca.

—Me parece muy bien.

—Desde que estás aquí permaneces encerrada todo el día, y es lógico que así sea, no conviene que te reconozcan, de inmediato surgirían los comentarios... Pero esta vida no tiene aliciente para ti, me hago cargo, por lo que así que podamos nos alejaremos de este lugar. Ya verás, entonces te colmaré de caprichos, de lujos...

—Me encantan los lujos —aseguró ella—. En realidad, nunca los he tenido a mi alcance. Ni siquiera cuando... —pero se detuvo.

Lewis Rollins comprendió que iba a decir «ni cuando era joven de verdad».

—No te inquietes por nada —dijo él—. Esta juventud vale tanto como la otra. Es tan auténtica y real como aquella de años atrás... Gracias a ese doctor llamado Otto Bringger, o gracias al diablo... Gracias a quien sea, bienvenida sea...

—Pero voy a necesitar tanta sangre... —por un instante Rebecca pareció asustada de todo el horror que exigía aquella juventud suya.

—¿Qué importa eso...? Nada, nada... —y su tono crispado se hizo aún más evidente.

—Lewis... —murmuró su nombre pocos instantes después—, me gustaría hacerte una pregunta. Si no ha de saberte mal... Supongo que no... Ahora que nuestras relaciones son íntimas...

—Ahora todo va bien entre tú y yo. Va perfectamente. Puedes hacerme todas las preguntas que quieras.

—¿Qué fue de mis compañeras Diane y Kim?

—Murieron allí, donde las viste —respondió Lewis Rollins, pero era un ser perverso, diabólico, y nunca había sentido, ni sentía ahora, el menor remordimiento por lo que hizo—. Lo cierto es que cuando creí que tú habías muerto ahogada, que habías sido tragada por las olas del mar, mi desespero no tuvo límites. Me olvidé de ellas, ¿sabes?

—¡Ah!

—Cuando me acordé de que estaban allí, habían pasado ya muchos días. Entonces fui a verlas pero, claro, estaban ya muertas. Lo inevitable había sucedido.

—Debieron sufrir mucho.

—Se lo merecían —sentenció.

Los años, evidentemente, no habían mejorado sus sentimientos. Su crueldad seguía siendo tan sinuosa, refinada y espeluznante como siempre. Era un monstruo por sus instintos. Un monstruo, también por su anormalidad física.

—¿Y desde entonces...? —volvió a preguntar Rebecca—. ¿Has cometido más... más...?

—No de esa clase —dijo Lewis Rollins, y seguía con su voz crispada—. Al perderte a ti dejó de atraerme la idea de estar con otras mujeres. En consecuencia, no tuve necesidad de vengarme de ninguna otra. Pero lo hubiera hecho —aclaró—, de repetirse el caso.

—Comprendo.

—Pero de vez en cuando he odiado a alguien... —puntualizó Lewis Rollins—, y entonces... ¡Sí, lo admito, me los he quitado de encima con idénticos o parecidos procedimientos! ¿Por qué no hacerlo, cuando ya los escrúpulos no cuentan?

Rebecca necesitaba de él.

Le sonrió.

***

El hombre iba por la carretera.

Captaba perfectamente el sonido de las embravecidas olas batiéndose contra el acantilado. En lo alto, brillaba la luna. Y brillaban asimismo un sinfín de rutilantes estrellas que parecían

querer hacer más sugestiva la noche.

El hombre aceleró el paso. Se había hecho más tarde de lo previsto.

Al doblar aquel recodo de la carretera, vio que había un atajo. Otras veces había pasado por allí sin verlo.

Ahora sí reparó en el cimbreante camino, dándose cuenta de que empezaba allí, continuaba entre piedras y rocas, y concluía muy cerca de un caserón.

Se detuvo un instante y miró hacia el caserón y hacia el

núcleo de casas que se hallaban situadas allí, sobre el acantilado.

En ese momento recordó que conocía al propietario de dicho caserón. Haría cosa de unos seis meses un amigo se lo había presentado. Se llamaba Lewis Rollins y resultaba un tipo raro.

No supo exactamente lo que sintió, pero la verdad es que quiso reemprender el camino y no aceitó a hacerlo.

De pronto había sentido miedo.

¿Miedo él? ¿Y de qué? ¡Qué tontería!

En eso vio cómo una sombra avanzaba por el atajo.

Pero cruzarse con una persona, aunque fuera de noche, no era para asustarse. Cada día se cruzaba con varias.

—Buenas noches —oyó que le saludaba la sombra al llegar a donde él se hallaba.

Pero había dejado de ser una sombra para convertirse en Lewis Rollins, el propietario del caserón. Le reconoció inmediatamente.

—¿Qué tal, señor Rollins? —había respirado aliviado—. ¿No se acuerda de mí? Nos presentaron no hace mucho.

—¡Oh, sí! Lo recuerdo perfectamente. Encantado de encontrarle y de saludarle —Lewis Rollins se había esforzado por parecer amable.

—Otro tanto le digo…

No pronunció ninguna otra palabra. Sintió un golpe terrible en la cabeza, en mitad del cráneo, notando que perdía el conocimiento.

Cayó desplomado al suelo. Allí quedó inerte. .

—Muy bien, Nelson.

Nelson había surgido de entre unos árboles. Había sido él quien dio al hombre con un hierro en la cabeza.

—Lo llevaré yo —dijo Lewis Rollins.

—Yo le ayudaré, señor —contestó Nelson.

Pocos minutos después, le habían trasladado ya al interior del caserón. Uno cogiéndole por los pies y el otro por los sobacos, no fue costoso llevarle a través del atajo.

Le dejaron en el amplio cuarto de baño. De buenas a primeras, ya medio cuerpo metido en la bañera, con los brazos caídos hacia el fondo.

—-Dame la hoja de afeitar…

Rebecca estaba allí, a la espera de poder bañarse con la sangre aún caliente de la nueva víctima. Entre sus manos tenía la hoja de afeitar, que se apresuró a entregar a Lewis Rollins que era quien acababa de solicitársela.

Igual que aquella otra vez.

E igual que entonces, con pasmosa y espeluznante sangre fría, al hombre le fueron seccionadas las venas de las dos muñecas...

CAPITULO VII

Era jueves por la tarde y la viuda Garret, con su vestido negro y su largo collar de perlas, había reunido en su casa a sus amigos de siempre.

Estaban tomando la segunda taza de té, mientras charlaban animadamente, cuando llamaron a la puerta. Se presentó el inspector Sturges.

Este tenía por costumbre hablar y expresarse de manera sumamente pausada. Pero eso era antes, cuando en Baldingsson la vida de sus habitantes transcurría plácidamente y su misión se limitaba a constatar que todo marchaba bien.

Ahora era diferente. Un asesino andaba suelto y estaba llenando de pánico la localidad. ¡Eran ya varios los crímenes cometidos!

Entró en la casa de la viuda Garret muy nervioso, y se plantó en medio de todos ellos haciéndoles saber que había aparecido un nuevo cadáver.

Les dijo dónde había sido encontrado, la muerte que había tenido —idéntica a las otras—, y de quién se trataba, ya que ésta última víctima era un vecino de la localidad del que, quien más quien menos, había oído hablar.

—¡Vengo a pedirles cuentas! —exclamó seguidamente, y miró severamente a unos y a otros, incluso a su esposa Catherine—. Me consta que alguien sabe algo y no quiere decírmelo.

—Cálmate, querido —le dijo Catherine, más pálida y ojerosa que nunca, mirándole con el cariño y el amor de siempre—. Por favor, no te alteres así.

—No puedo consentir que sigan callando —puntualizó el inspector —. El que sepa algo debe decírmelo.

—Me temo —repuso Jim Westton, que estaba sentado cerca de Carol—, que ninguno sepa nada.

—¿Ni siquiera usted? —preguntó el inspector.

—De saberlo se lo hubiera dicho. Quedamos en eso.

—Sé cómo son los detectives... —masculló—. Nunca comunican sus pesquisas a la policía. Quieren para sí todos los triunfos.

—En cierto modo es verdad —reconoció Jim Westton—. Pero en este caso concreto, se lo aseguro inspector, todavía no he dado con ninguna pista.

—Ni yo —les hizo saber—. Pero es de lo que se trata, de dar con una pista... Por lo cual, como estoy convencido de que es aquí, en esta casa, donde puedo encontrarla...

—Por lo del papagayo, ¿no es eso? —preguntó Jack Crows, quien a juzgar por su expresión se daba cuenta de la gravedad de los hechos. Ahora no parecía encantado de la vida, ni se reía como era

costumbre en él—. Sí, claro, es lógico que lo mire desde ese punto de vista. Yo también opino que…

—Yo creo, simplemente —intercaló el señor Elliot, que parlanchín como siempre no perdió la ocasión de meter baza— que el asesino ha urdido este plan, me refiero a hacer hablar a este papagayo, para despistar. Sí, para despistar —se reafirmó en su idea—. Así, mientras usted, inspector, deposita su atención en esta casa, en nosotros, él actúa más libremente en otro lugar.

—De lo que acaba de decir —repuso Jack Crows—, se desprende, quizá, que uno de nosotros colabora con el asesino, ¿no es eso?

A Jim Westton le pareció acertada la tesis, o más bien la posibilidad que había sido expuesta, por lo que asintió demostrando su conformidad. Por lo demás, lo cierto es que se dijo a sí mismo que tendría que hacer caso de Sylvia Corey y hablar con Jack Crows. Hasta entonces no lo había hecho, considerándolo, de momento al menos, innecesario.

Sylvia Corey por su parte dejó de comer con los ojos al alto y atlético detective con quien tan bien lo había pasado y dijo:

—Es horrible que el asesino mate siempre de la misma manera, cortando las venas de las muñecas a sus víctimas…

—Y puesto que la sangre no aparece por ninguna parte —empezó a decir Jim Westton.

—Se deduce que la víctima es asesinada en otra parte y luego llevada al lugar en que es hallada —subrayó el inspector—. No, no hace falta mucho ingenio para llegar a tal conclusión.

—No me refiero a eso —manifestó Jim Westton—, sino simplemente, a que se deduce de tales hechos que al asesino le interesa la sangre de sus víctimas…

—¿Eh? —inquirió el inspector Sturges—. ¿Qué ha dicho…?

—Lo que han oído todos. Que el asesino necesita de la sangre de sus víctimas.

—¿Pero para qué va a necesitarla? —barbotó el inspector—. Señor Westton, usted se pasa de imaginativo.

—Creo que no.

Todos habían vuelto hacia Jim Westton sus miradas. Pero las soportó estoicamente y repitió: – Creo que no.

—¿Por qué no nos aclara un poco más la cuestión? —preguntó Catherine, la pálida y ojerosa esposa del inspector—. Se lo agradeceríamos todos. Mi. marido el primero, me consta.

—Más que una certeza, lo mío es un presentimiento —repuso Jim Westton—. Poco puedo, pues, aclararles. Ha de ser el tiempo y las investigaciones que vayamos haciendo, las que…

—¿Cree usted —preguntó Carol seguidamente—, que hay verdaderos motivos de alarma? ¿Acaso alguno de nosotros puede ser

la próxima victima? ¿Qué opina usted?

—Creo —manifestó el detective—, que corre riesgo todo aquel que tenga sangre en las venas...

—¡Vaya por Dios! —exclamó el señor Elliot, y no dijo nada más porque el susto de unos y otros, y suyo también, le habían cortado las ganas de hablar.

—Ha bromeado con poco gusto, ¿no cree, señor Westton? —inquirió Jack Crows—. Yo al menos quiero creerlo así.

—No le impido que sea optimista —observó—. De todos modos le sugiero que, si estima en algo ese líquido rojo que le va por las venas, no regrese por las noches demasiado tarde a su casa.

—Quiere ponernos la carne de gallina, ¿verdad? —inquirió Sylvia Corey.

—Bueno, dejémonos de tonterías y empecemos a aclarar el caso —el inspector Sturges se volvió hacia la viuda Garret y hacia Carol—. ¿Cuándo, por primera vez, al papagayo le dio por...?

—Antes de venir yo a esta casa —dijo Carol, y echó atrás sus cabellos castaños—. Se lo hago saber para que no piense mal de mí.

—Sí, es cierto —corroboró la viuda Garret—. Carol tiene razón. Recuerdo que estaba esperando su llegada, cuando mi papagayo, por vez primera...

—De acuerdo —repuso el inspector Sturges—.Un pormenor solventado. Vayamos a por otro... ¿Quién, señora Garret, vino a visitarle aproximadamente por aquellas fechas? A visitarle por partida suelta...

—No recuerdo —dijo la señora Garret— Además, ¿adónde pretende llegar con estas preguntas, inspector? Aunque recibiera alguna visita, ésta no pudo, mientras quedó momentáneamente sola en la estancia, enseñar a hablar a mi papagayo.

—Supongo que no —admitió el inspector.

—Esa es una tarea que exige mucho tiempo —dijo el señor Elliot —. Puedo asegurarlo, porque a una hermana mía, que vive en Londres, le regalé en cierta ocasión un papagayo y ella se empeñó en hacerle hablar. Les aseguro que tuvo que estar horas diciéndole una misma frase hasta conseguir que la repitiera... —y el señor Elliot, a pesar de la tensión que había torno a todos ellos, había sentido de nuevo la necesidad de hablar.

—Dígame, señora Garret —intervino Jim Westton, mientras pensaba que el inspector no parecía muy competente y que no estaría de más, por tanto, que él tomara cartas en el asunto con la máxima celeridad posible—. ¿Suele quedar abierta esta ventana...?

—Por la noche siempre la cerramos —fue la respuesta de la anciana—. Pero durante el día, si hace sol, a menudo permanece entornada... Me gusta oír el rumor del mar o el bramido de las olas.

Oiga, ¿qué idea se le ha ocurrido, señor Westton?
—Se lo diré más adelante.
—¿Por qué no ahora? —preguntó el inspector—. Estamos a la búsqueda de una pista, ¿no?
—Me gusta hablar sobre seguro —dijo Jim Westton.

***

Ante el nuevo crimen, el cuarto, Jim Westton no había podido por menos de pensar que no se las había visto igual en su vida y que a pesar de su buena voluntad la verdad es que no sabía por dónde empezar. Le faltaba agudeza, perspicacia.
Se reafirmó en su idea. Así pues, tenía que ser él quien actuara, y debía hacerlo rápidamente, todo lo rápidamente que pudiera. De lo contrario aquello se iba a convertir en una inacabable cadena de muertes.
Pediría ayuda al inspector al final, cuando se tratara de detener al asesino. No antes.
Al salir de la casa de la viuda Garret, lo hizo al mismo tiempo que Jack Crows. Quería hablar con él. Y aquélla podía ser, indudablemente, una buena oportunidad.
—Puede preguntarme lo que quiera —le dijo Jack Crows sin necesidad de violentarle ni de violentarse a sí mismo—. Me hago cargo de las circunstancias.
—Se lo agradezco. Sí, en efecto —asintió—, deseo saber un par de cosas.
—Empiece.
Jack Crows era un hombre afable. No sólo no complicaba las cosas, sino que gratamente las simplificaba.
—El otro día hablé con cierta persona. ¿Sabe lo que me dijo?
—No puedo saberlo.
—Que debería hacerle una visita a usted.
—¿A mí? —se extrañó—. ¿Y para qué...?
—Para que usted me informara.
—¿Respecto a qué?
—A esos crímenes... Bueno —observó Jim Westton—, cuando hablé con esa persona, de eso hace ya días, sólo había muerto el forastero. Pero sí, ya entonces esa persona me aconsejó...
—No hace falta que me diga quién fue. Lo adivino.
—-¿De veras?
—Sylvia Corey.
—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió un poco.
—Verse interrogado por un detective nunca es agradable. Más aún cuando el caso es serio, ¿comprende? Y esa muchacha desea que yo pase un mal rato...
– ¿Sí?

—Me tiene una profunda antipatía —y le explicó—: Cierto anochecer la encontré en el campo, revolcándose en la hierba junto a un mozalbete, y le dije que era una desvergonzada. Y lo es, no lo dude, yo creo que no hay joven aquí en Baldingsson que no haya pasado por ella... Lo cual no es un secreto para nadie, resulta del dominio público... En fin, !o que le decía, desde aquel anochecer me mira como si quisiera fulminarme.

– Debo deducir, señor Crows, que usted no puede informarme. ..

—En absoluto —aseguró—, ¿Qué quiere que sepa yo de esos crímenes, pobre de mi? Sólo puedo decirle, en todo caso, que el papagayo de la señora Garret nos previno una y otra vez de lo que se avecinaba y que tal hecho, tal circunstancia, me tiene sin saber qué pensar. Espero —agregó—, que usted piense por nosotros, señor Westton.

—Intentaré hacerlo. Pero antes, por favor, dígame qué opina del dueño del caserón.

—¿De Lewis Rollins? -—inquirió.

—Exactamente.

—No opino nada en particular. Apenas le conozco, apenas le trato. Es un hombre solitario.

—Según tengo entendido, usted vio cómo aquella mujer se arrojaba al mar desde una de las ventanas del caserón. De eso hace ya, según me han dicho, unos treinta años.

—Sí, es cierto, la vi. Casualmente estaba pescando con mi pequeña lancha motora. Pero, ¿qué tiene que ver eso con los crímenes que ahora se cometen?

—Puede que nada.

—¿Entonces...?

—Mire, señor Crows, los cadáveres son encontrados por aquí cerca, así que lo lógico es suponer que el asesino no anda lejos. En consecuencia, para mi resultaban altamente sospechosos los habitantes de todas estas casas. Y al decir «de todas», incluyo, claro está, el caserón. ¿Por qué no iba a incluirlo?

—Mirado así...

—Oiga, señor Crows, ¿sigue usted teniendo aquella misma lancha motora?

—Aquella se hizo vieja. Ahora tengo otra.

—Sí, claro, el tiempo no pasa en balde —y casi a boca de jarro, como queriendo cogerle desprevenido—: Dígame, ¿conocía usted a Rebecca?

—La vi en tres o cuatro ocasiones —la respuesta había salido tras una breve vacilación.

—¿Antes o después de que ella se dedicara a la prostitución...? —quiso saber.

—Antes... y después —de nuevo había vacilado.

—Si la trató después... —indicó—, me inclino á suponer que se acostó con e!lar ¿o me equivoco?

—No se equivoca. Acierta usted, señor Westton —y añadió—: La fui a buscar a la calle donde sabía que la encontraría y... Ya se sabe, con esa clase de mujeres todo resulta sencillo. Basta amoldarse a sus tarifas y lo demás va rodado.

—Al verla que se arrojaba al mar, ¿no intentó con su lancha motora acercarse, llegar a tiempo de salvarla? —no le quitaba los ojos de encima.

—No. Hubiera sido inútil. El mar se la tragó en pocos segundos.

—Comprendo.

—¿Sabe una cosa? Me parece que está sospechando de mí más que de los demás. Pero, ¿por qué?

—Le aseguro que no se trata de eso. Simplemente deseo atar cabos.

—¿Quiere saber algo más,..? —ya no se mostraba tan afable, empezaba a fruncir el ceño.

—Si, algo más. ¿Qué opinión le merece el señor Elliot? Sin duda se conocen desde hace tiempo.

—Al señor Elliot le encanta hablar de sus viajes. Es su vicio. No tiene otro. Me considero su amigo.

—Usted está casado, ¿verdad?

—Sí, y tengo un hijo. Pero le agradeceré que a ellos no les meta en esto —y por primera vez su tono se hizo algo áspero—. Sobre todo debe tener cuidado con mi esposa, es muy celosa, en seguida sospecha de mí. Si llegara a saber que fui a buscar a esa tal Rebecca... Claro que yo era muy joven por aquel entonces, apenas tendría unos diecinueve años... Pero estábamos ya prometidos, hágase cargo... En fin, quiero que haya paz en mi hogar. Así que, insisto, le agradeceré que...

—Procuraré complacerle. Sinceramente se lo digo.

—Le quedo muy reconocido.

CAPITULO VIII

Jim Westton había llegado a la conclusión de que debía conocer más y mejor la vida de las personas que vivían en aquellas casas. Incluido el caserón. Por descontado que sí.

Por eso, en cuanto terminó de almorzar, salió del pequeño hotel, subió a su coche y se dirigió una vez más hacia las afueras, hacia aquel lugar del acantilado.

Dio antes, sin embargo, una vuelta por Baldingsson. Como si quisiera percatarse más exactamente del ambiente que se respiraba en aquella localidad donde indudablemente vivían gentes adineradas.

Llegó una hora después a la casa de la viuda Garret. Por cierto, la anciana no terminaba de encontrarse del todo bien. Medio echada en el diván, permanecía en aquel momento tomando una de sus medicinas.

—Bueno, volveré en otro momento —dijo Jim Westton—. No quiero molestarla.

—No me molesta, se lo aseguro —le contestó—. Quédese, por favor.

Carol estaba colocando una manta sobre las piernas de la viuda Garret.

—Se le pasará en seguida —repuso.

—Es que venía a pedirle, señora Garret, que me hablara de... Pero no, ahora no está para hablar. Me doy cuenta, es mejor que vuelva en otro momento.

—¿De qué desea hablarme, señor Westton? —preguntó la anciana un poco curiosa.

—De sus vecinos —contestó Jim Westton—. De sus vidas...

—En tal caso, señor Westton, Carol le pondrá al corriente. Con Carol he conversado largamente de todos y cada uno de ellos. Aquí solas, de alguna manera hay que pasar el rato, ¿no le parece?

—Claro que sí.

—Estoy a su disposición, señor Westton —sonrió Carol.

—Pueden salir a dar una vuelta —sugirió la viuda Garret. Y anticipándose a la protesta de la bonita enfermera—: Ya estoy bien, no te preocupes. Acompaña al señor Westton y dile todo lo que le interese saber.

—Si de verdad se encuentra usted bien... —a la muchacha, huelga decirlo, le atraía la idea de salir a pasear con el detective.

—Puedes irte sin abrigar el menor temor. Pero ten cuidado con él —miró al detective—, parece un hombre peligroso... Por cierto, ¿cuántas veces se ha enamorado ya usted, señor Westton?

– Ninguna... todavía —respondió él—. Pero tengo el

presentimiento de que voy a ser débil y de que van a cazarme pronto —acabó bromeando.

—Me alegraré que así sea si hace una buena elección —disimuladamente guiñó un ojo a Carol—. Anda, salgan ya.

—Con su permiso, señora Garret.

Sujetó a Carol por el brazo y juntos se fueron a pasear por los alrededores.

El acantilado estaba lleno de subyugante y bravía belleza. Sobre todo si se miraba hacia abajo, hacia el mar, donde las olas rompían furiosamente.

Al reparar en sus embravecidas acometidas, cualquier espectador se veía forzado a pensar que las rocas más duras se erosionan sin duda con el tiempo.

—Cuénteme lo que sepa, Carol, del señor Elliot, de su vida, de su pasado, ¿quiere?

—Si haciéndolo consigo ayudarle... —al lado de Jim Westton, tan alto y fuerte, ella se sentía pequeña—. Pues bien, el señor Elliot es un hombre al que le ha encantado viajar. Se puede decir que ha visto medio inundo. Ahora, ya viejo, se limita a rememorar sus recuerdos. Como usted mismo se habrá dado cuenta, le encanta hablar, y hablar...

—-Sí, me he dado cuenta —asintió Jim Westton—. ¿Vive solo?

—Sí, solo, en esa casa... —y se la indicó, estaba a menos de trescientos metros de allí—. Estuvo a punto de formar un hogar, pero ella era ambiciosa y en última instancia prefirió casarse con el abuelo de Catherine. El abuelo de Catherine era por aquel entonces, y aún lo es hoy en día, el hombre más rico de la localidad.

—Continúe, por favor.

—Se quedó tan desilusionado que juró que no volvería a enamorarse. Por lo visto así lo hizo. Y esto es todo lo que se refiere al señor Elliot.

—Hábleme ahora de Catherine... O mejor, siga habiéndome de su abuelo,..

—Actualmente es un viejo malhumorado y cascarrabias, que por no dar el brazo a torcer se está amargando los últimos años de su vida. Me refiero a que perdió en un accidente de coche a su esposa y al hijo que habían tenido, y a su nuera, que era una excelente muchacha, quedándole tres nietas... La pequeña era Catherine, quien al hacerse mayor se negó a obedecerle y se casó con el inspector Sturges de quien se había enamorado apasionadamente. Entonces el abuelo montó en cólera y la desheredó.

—¿Qué dijo Catherine? —preguntó.

—Se encogió de hombros y dijo que le daba igual. Ella amaba a su marido y no le importaba que fuera pobre. El partido que le ofrecía

su abuelo, muy rico, no le interesaba.
—Sin duda —opinó Jim Westton—, el viejo malhumorado y cascarrabias acabará rectificando.,.
—Lo habría hecho ya, pero sus otras dos nietas, casadas y con un hijo cada una de ellas, no cesan de hablar mal de la hermana desheredada. Así se aseguran un cincuenta por ciento más de herencia, ¿se hace cargo? De todos modos si el abuelo no fuera un hombre ya de por sí tan intransigente...
—¿Qué me dice de Jack Crows? —por lo visto consideró que ya habían hablado bastante del abuelo de Catherine.
—Tiene una esposa muy celosa —fue la respuesta—, que según dicen le hace la vida poco menos que imposible. Pero él se lo toma bien, siempre se está riendo. Es un hombre afable y risueño al que da gusto tratar.
—Tiene un hijo, ¿verdad? —sabía ya que sí, por el propio interesado, pero necesitaba la confirmación.
—Por ese hijo soporta a su esposa, al menos ésta es la opinión generalizada. Sin embargo, los hombres son como son y usted, señor Westton, debe saberlo mejor que yo... Quiero decir con esto que Jack Crows sabe encontrar fuera de su casa lo que le apetece.
—¿Se refiere a alguna mujer? —preguntó.
—A ninguna en particular. Pero bueno, de vez en cuando va a la ciudad con una excusa u otra y lo pasa lo mejor posible. Hace ya años que procede así, ¿sabe? Se dice —añadió—, que bastantes veces se acostó con Rebecca, la prostituta... Entonces él era muy joven...
—¿Se ha referido a esa mujer a la que vio arrojarse de una de las ventanas del caserón? —volvió a preguntar.
—Exactamente.
—Por cierto, ¿tienen hijos el inspector y Catherine?
—No.-
—Y de Sylvia Corey, ¿qué sabe usted¿ Carol?
—Lo que todos, que un día va con uno y al día siguiente con otro. Al parecer no tiene freno...
—Y de Lewis Rollins, ¿qué me cuenta que yo no sepa ya?
—Vive solo, sin apenas hablar con nadie desde aquel día... Ya sabe a qué día me refiero. Cuando Rebecca se arrojó por una de las ventanas, siendo tragada por el mar...
—¿Tiene servidumbre?
—Un criado. Se llama Nelson. Es un joven de muy buen ver.
—Y para finalizar, Carol, ¿qué opina de la señora Garret? Dígamelo con toda sinceridad.
—Es una mujer muy buena. Y no lo dude, mi sinceridad va por delante.
—Bueno, ya sé bastante de todos. No necesito saber más. Sólo me

falta, pues, preguntarle una cosa. Algo que no se refiere a los demás, sino a usted misma.

—¿A mí? —se sorprendió Carol.

—¿Cuántas veces se ha enamorado usted, Carol? —la miró acariciadoramente—. Si la señora Garret me lo ha preguntado a mí, yo puedo preguntárselo a usted, ¿no le parece? Así quedamos en tablas.

—Ninguna... todavía —acababa de.responder con las mismas palabras que lo había hecho Jim Westton.

—Por cierto —aclaró el detective —esta noche pasada he soñado con usted, Carol. ¿Se lo he dicho ya?

—No me ha dicho nada.

—¿Quiere saber lo que he soñado? —y no conformándose con mirarla acariciadoramente, se acercó a ella, la cogió por el talle y la estrechó contra su pecho.

—Si no hace que me sonroje demasiado...

—Estábamos muy juntos, muy pegados uno al otro. ¿Sabe dónde estábamos...? —y empezó a acercar su boca a la de ella.

Ella no se hizo atrás. Al contrario. Y respondió:

—Lo sé. Estábamos en la cama.

—Ha acertado. Y la besó en la boca.

Pero sólo una vez.

Iba a repetir cuando se dio cuenta de que, a través de las ya corridas cortinas de una de las ventanas del caserón, se traslucía una silueta femenina.

—¿No me ha dicho, Carol, que Lewis Rollins vive solo...?

—Es lo que la señora Garret asegura —contestó ella.

***

Era ya de noche cuando Jim Westton detuvo su coche, se apeó y llamó a la casa.

Le salió a abrir Sylvia Corey, quien al verle abrió los ojos.

—iOh, qué alegría —exclamó—. ¡Y con qué oportunidad viene! Mis padres se han visto obligados a ausentarse de nuevo... Pase, señor Westton.

—No vengo a lo que supone —dijo así que se hubo adentrado en el vestíbulo de la casa.

—¿Ah, no? —demostró su desencanto.

—Vengo simplemente a pedirle una información, que sin duda usted podrá facilitarme.

—Yo a usted, señor Westton, se lo facilito todo... —los puntos suspensivos no pudieron ser más insinuantes.

—Se trata de...

—Podemos hablar con un vaso de whisky en la mano, ¿no cree? —le había interrumpido.

—De acuerdo.

—Siéntese en el diván...

—Tengo que irme en seguida —se lo advirtió, la invitación al diván le sugería la idea de un ataque inmediato—. Mi visita ha de ser forzosamente corta.

Viendo que que hablaba completamente en serio, Sylvia Carey le dijo tras servirle el whisky:

—Espero que en otra ocasión la visita no sea tan corta... —y se sirvió a sí misma.

—Pues como le decía —Jim Westton prefirió no perder tiempo—, se trata de que me diga si conoce bien a Nelson, el criado del señor Rollins, Lewis Rollins, el dueño de! caserón. —Se había sentado, pese a todo, en el diván.

—¿Eso es importante para usted? —ella se había sentado a su lado.

—No estaría aquí preguntándoselo si no lo fuera.

—Francamente, no comprendo hacia dónde se dirigen sus pesquisas. De todos modos, está convencido de que mi respuesta va a ser afirmativa.

—Sí, eso creo —asintió el detective.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque Nelson es un joven muy bien plantado y algo me dice que usted no ha permanecido insensible...

—No me he acostado todavía con todos los hombres de Baldingsson —se rió Sylvia Corey—. A veces lo parece por la fama que me dan.

—Usted va a menudo por el acantilado, por la casa de la viuda Garret, y debe ver a menudo a Nelson. Demasiado a menudo, me consta, para que no se haya fijado en él.

—Bien, de acuerdo —cedió Sylvia Corey—. Es tal como usted dice. Pero oiga, entendámonos, fue él quien primero se fijó en mí.

—¿De veras? —quedó a la espera de que prosiguiera, de que le ampliara la información.

—Luego de conocerle y de verle aquí en la localidad unas cuantas veces, un dia le encontré casualmente en la ciudad —resultaba sumamente maliciosa la expresión de ella—. Recuerdo que estaba mirando el escaparate de una joyería y que él se me acercó... Luego de saludarme me dijo que daría cualquier cosa porque yo fuera cariñosa con él... Estuve a punto de responderle que sí, sin más, acostumbro a hacerlo así cuando algo me apetece... Pero no sé por qué, me dio por indicarle una pulsera de oro que había en el escaparate y decirle: «Regálamela y me acostaré contigo». Creí —reconoció Sylvia Corey—, que no volvería a verle, la broma había sido pesada para un criado.

—Pero volvió a verle...

—Sí, y lo primero que hizo fue obsequiarme con la pulsera de oro. Desde entonces —añadió Sylvia Corey—, nos hemos visto a solas en bastantes ocasiones.

—¿Cuánto debía valer esa pulsera? Aproximadamente...

—Calculo que unas quinientas libras.

—Bien, esto es todo —zanjó Jim Westton. Pero se rectificó a si mismo—: No, no es todo. Me interesaría saber si alguna vez Nelson la ha llevado al caserón.

—Nunca. Me hubiera gustado, lo reconozco, en ausencia de su señor, claro, pero Nelson no quiere líos con quien por lo visto le paga muy bien.

—Lo suficientemente bien —recaló Jim Westton—, como para regalarle una pulsera de oro.

—Pero a usted no le pido nada —Sylvia Corey se le acercó provocativamente—. Para usted todo es gratis...

—Otro día —sonrió Jim Westton—. Ahora tengo prisa, ya se lo he dicho.

Y desprendiéndose de los brazos de la apasionada y voluptuosa muchacha que se habían enroscado alrededor de su cuello, se levantó del diván y salió de allí instantes después.

Al volante de su coche se dirigió de nuevo hacia la casa de la señora Garret. Quería hacerles saber, tanto a ella como a Carol, que iba a ausentarse un par o tres días. Tenía que hacerlo.

De pronto tuvo que frenar. En la carretera había varias piedras, de considerable tamaño todas ellas. Indudablemente alguien las había colocado allí para que él se viera obligado a detenerse.

Pudo, no obstante, hacer lo más sensato, retroceder y alejarse de aquella zona lo antes posible.

Pero esa posibilidad se le antojó demasiado fácil. Excesivamente cómoda. Y las cosas cómodas y fáciles nunca le habían seducido. Ni poco ni mucho. Nada.

Pensó que allí, muy cerca, debía estar el asesino. En buena lógica tenía que estarlo. Si se tomaba tantas molestias debía ser por algo concreto.

Por algo tan concreto, sin duda, como quitarle de en medio. Debía estar molestándole que metiera baza en un cometido que, en principio, correspondía solamente al inspector Sturges, un hombre poco dado a vérselas con complicaciones serias. Todo lo contrario de lo que le sucedía a él.

Y si el asesino merodeaba por allí, pensó Jim Westton, ¿qué mejor oportunidad que aquélla para encontrarle frente a frente?

Pero era de noche, y una noche bastante oscura, lo que podía perjudicarle en más de un sentido. Pero no iba a asustarse por eso. Ni

hablar.

Abrió la portezuela y se apeó.

A ambos lados de la carretera había 'árboles y lo primero que hizo, a una gran velocidad por cierto, fue protegerse tras uno de ellos. Estaba convencido de que de un momento a otro se oiría el silbido de una bala.

Lo oyó. En aquel preciso instante. Su enemigo no se andaba con chiquitas.

La bala fue a incrustarse en el tronco.

—¡Oiga! —gritó Jim Westton—. ¿Cómo es que dispara...? Lo suyo es dar un golpe en la cabeza, privar del conocimiento y luego llevarse a la víctima a donde sea... Usted debe saber dónde... Y una vez allí, cortarle las venas de las muñecas y quedarse con su sangre... ¿Cómo es, pues, que a mí me dispara? ¿Ha cambiado de táctica...?

Nadie le respondió.

Pero surgió un nuevo disparo.

Otra bala se incrustó en el tronco.

—¡Eh, oiga! —volvió el detective a alzar la voz—. ¿Es que no me oye? ¿Es que se ha vuelto sordo? ¿Por qué no me contesta...? —y desafiándole—: ¿No se atreve a acercarse? Pues yo sí me atrevo a recibirle...

Tampoco le respondió nadie.

A partir de entonces, Jim Westton se limitó a ir de un árbol a otro, siempre de una forma rápida, veloz. De una forma que sin duda dejaba desconcertado y perplejo a su enemigo. Y también sin duda un poco asustado, pues temería que Jim Westton, con aquel ir de aquí para allá, pudiera acabar sorprendiéndole. ¿Y si de pronto se daba cuenta de que le tenía a sus espaldas?

Volvió a sonar otro disparo.

Y otro...

Ninguno dio en el blanco.

Jim Westton, en aquel momento, estaba metiendo la mano en el bolsillo de su pantalón, sacando una navaja.

Hecho lo cual la abrió. Se había dado cuenta de que tenía a su alcance, metida en la corteza de un árbol, una bala...

Con la hoja de la navaja la extrajo de allí y la observó.

Supo ya, sin necesidad de más, qué clase de automática estaba utilizando su enemigo. Se trataba de una «Parabellum».

Recordó los disparos que había ya efectuado y restando éstos de los que sabía que podía efectuar aquel modelo de automática, supo, pues, cuántas balas quedaban por salir de la boca de aquella pistola.

Volvió a escapar de un árbol a otro. Cada vez más rápida y velozmente, sabía que se estaba jugando la vida.

Las balas siguieron persiguiéndole, pero sin darle alcance.

«Ya solo falta una...», se dijo finalmente.

Cuando sonó un nuevo disparo, que por descontado ya se encargó él de que no le diera, salió del árbol tras el que últimamente se había protegido, dio un grito estridente, abrió mucho los brazos y cayó hacia atrás.

A su enemigo no le cupo duda. Le había dado de pleno. Debía estar muerto.

Confiando en eso, se acercó a través de la oscuridad de la noche al cuerpo que permanecía inmóvil, completamente inerte, sin hacer el menor movimiento.

Siguió acercándose...

Era lo que Jim Westton deseaba que hiciera. No veía otra forma, a no ser valiéndose de aquella estratagema, para vérselas cara a cara con el tal personaje.

Este llegó a su lado, había oído perfectamente el peso de sus zapatos sobre las briznas del suelo, y se inclinó sobre su cuerpo. Sin duda pretendía ver dónde estaba el impacto de ia bala.

Pero Jim Westton, en aquel momento, se enderezó súbitamente y cogió al desconocido por un pie, derribándole.

Ya estaba hecho lo más difícil. El resto no le preocupaba demasiado. Estaba acostumbrado a esa clase de peleas y sabía los trucos suficientes para que el otro, el adversario, resultara siempre el perdedor.

Pero cuando iba a lanzarse sobre su enemigo, a quien todavía no había visto la cara, sólo se había podido percatar de que era un hombre de estatura normal, fue el momento en que oyó la voz sofocada de Carol.

—¡Señor Westton! ¡Señor Westton...!

Alzó la mirada y vio la espigada silueta de la muchacha corriendo hacia él.

—¡Señor Westton! —volvió a oír que le llamaba—. ¿Le sucede algo...?

Jim Westton comprendió que no podía lanzarse sobre su enemigo sin correr el riesgo de que *éste,* quizá, pudiera llegar a dominar la situación en algún momento.

De suceder tal cosa, sería algo puramente momentáneo. Jim Westton estaba seguro de eso. En seguida le dominaría, le vencería, le dejaría fuera de combate. Pero, ¿y si mientras tanto se la cargaba Carol?

Si ella se acercaba, resultaba evidente que su enemigo buscaría en la muchacha algo así como un parapeto. Tal vez se protegería tras ella, amenazando con dañarla si él no se avenía a claudicar.

Pensar en esto hizo que Jim Westton vacilara, que no arremetiera de una forma inmediata contra el hombre que había sido derribado.

Quien, al darse cuenta de su vacilación, se apresuró a aprovecharla. Era su única oportunidad.

Así que se levantó aprisa y echó a correr. No miró más que de soslayo hacia Jim Westton. No quería ser reconocido.

—¡Oh, señor Westton! —se lamentó Carol al llegar junto a él y darse cuenta de que alguien acababa de huir—. Se le ha escapado por mi culpa, ¿verdad?

—En cierto modo sí —reconoció.

—Lo lamento.

—No he querido meterla en este fregado. Bueno, ya daré con el asesino en otra ocasión. No va a escapárseme.

—He oído disparos —le explicó Carol, aún sofocada—, y he temido que alguien pudiera estar metiéndose con usted… He corrido hacia aquí sin detenerme a pensar… Discúlpeme, si queriendo ayudarle, he hecho todo lo contrario…

—Es agradable ver que se preocupa por mí —respondió el detective—. Bueno, la verdad es que en usted, Carol, todo resulta agradable…

Como sea que Jim Westton la abrazara, ella le miró a los ojos expresivamente y le dijo:

—Si va a besarme, doy por bien pasado el asunto.

CAPITULO IX

La señora Garret arrugó el entrecejo cuando le oyó decir que iba a irse y que posiblemente tardaría en regresar un par de días. Tal vez tres, no podía asegurarlo.

—Le he contratado, señor Westton, para que...

—No les pasará nada durante mi ausencia —aseguró él—. Pero no salgan de noche.

—-Así lo haremos —aseguró Carol.

—Por lo demás —dijo Jim Westton—, regresaré así que me sea posible, Pero debo enterarme de un par de cosas...

—¿Como por ejemplo? —preguntó la viuda Garret.

—Sería prematuro que respondiera a esta pregunta.

Cuando Jim Westton se alejó en su coche por la carretera, dejando atrás la localidad de Baldingsson y el acantilado y su núcleo de casas, la viuda Garret suspiró.

—Espero que regrese pronto —repuso—. Me cae simpático.

—A mí también —dijo Carol.

Jim Westton estuvo ausente tres días y también sus correspondientes tres noches.

Y al volver a la casa de la viuda Garret se encontró con la desagradable sorpresa de que, en su ausencia, se habían cometido nuevos crímenes.

A uno por noche.

Todos llevados a cabo de idéntica forma.

Con análogas características.

No cabía duda, el asesino era siempre el mismo.

—Es horrible, espantoso... —la viuda Garret estaba realmente afectada—. Y mi papagayo sigue con la misma cantinela... Menos mal que ya está usted aquí...

—Sí, menos mal —dijo Carol.

—Con usted al lado se respira mejor —añadió la anciana.

—¿Ha conseguido averiguar algo positivo? —le preguntó la muchacha.

—Sí —asintió Jim Westton.

No dijo nada más.

El pánico dominaba a los habitantes de Baldingsson. A todos ellos. Desde el más modesto al más rico.

No obstante, y a pesar de ese pánico general que lógicamente hubiera debido tenerles a todos encerrados en sus casas por las noches, lo cierto es que las víctimas iban sucediéndose una tras otra.

Prueba inequívoca, pues, de que ese pánico cerval no impedía que

cada noche, alguien, quien fuera, sin temer al asesino, se atreviera a acercarse al acantilado.

Este punto no encajaba.

Jim Westton se convencía de ello cuantas más vueltas le daba al asunto.

Se hizo con una lista de las víctimas, que eran ya, a los dos días de su regreso, nueve.... Una nueva víctima cada noche.

Necesitaba leer y releer esa lista para ver si llegaba a alguna conclusión.

El primero en ser asesinado había sido un excursionista, un forastero. No tenía nada que ver con Baldingsson ni con ninguno de sus habitantes.

El segundo fue un joven de unos veinte años, hijo del dueño de un supermercado. No había la menor conexión entre ese joven y ninguna de las personas que visitaban los jueves la casa de la viuda Garret.

La tercera víctima fue un señor mayor, jubilado. Ese señor era tío de Sylvia Corey, hermano de su padre.

La cuarta persona asesinada fue una mujer. Se aseguraba que ésta, en su juventud, estuvo muy enamorada del señor Elliot. Pero éste no se fijó nunca en ella, ni siquiera cuando su novia le plantó y se casó con el abuelo de Catherine.

La quinta víctima fue la hermana mayor de Catherine.

La sexta víctima fue el hijo único de su otra hermana.

La octava víctima fue una mujer aún joven, muy guapa, que la maledicencia aseguraba que tenía un amante. Este le venía a ver todos los fines de semana. Esta mujer era sobrina de la viuda Garret.

La novena víctima, la última, había sido una hermana de Jack Crows. una hermana soltera que vivía en su misma calle.

Durante varios minutos, Jim Westton quedó pensativo, con la lista entre las manos. La vista fija, incrustada, en aquellos nombres.

—Nos dijo, al regresar de la ciudad, que había averiguado algo positivo... —dijo la viuda Garret—. Y sin embargo, ahora, parece sumamente inseguro.

—Hasta hace unos instantes, lo estaba —contestó el detective—. Pero ahora acabo de comprenderlo todo...

—¿De veras? —inquirió Carol.

—Sí —afirmó Jim Westton--. Sólo me queda demostrar a los demás, y a mí mismo, que tengo ia razón.

—¿Y va a poder demostrarlo? —quiso saber la anciana.

—Supongo que sí.

—Me estoy temiendo —dijo Carol—, que ese intento pueda resultar excesivamente arriesgado.

—No será sencillo —convino Jim Westton, pero su voz seguía

firme—. De todos modos, por la cuenta que me trae, ya me las arreglaré para poder celebrar con champán mi próximo cumpleaños.

—¿Qué plan es el suyo? —la viuda Garret le miró con atención, achicando los ojos como solía hacer—. ¿Podemos saberlo?

—Mejor que no —respondió—-. Se iban a poner nerviosas.

Tenía razón.

Lo que iba a hacer resultaba tan osado, tan audaz, tan peligroso, que cualquiera que no fuera él, sólo de pensarlo, hubiera sentido que una mano fría, helada, se cerraba sobre su corazón, paralizándoselo.

Pero Jim Westton había decidido precipitar los acontecimientos.

No podía seguir impasible.

Aun sabiendo que iba a arriesgarse en exceso, tenía que ir directo hacia el desenlace. Se veía obligado a ello. Era cuestión de profesionalidad.

Era ya demasiada la sangre derramada...

Sin querer responder a más preguntas, Jim Westton salió de la casa de la señora Garret.

Estuvo en Baldingsson comprando algo que necesitaba. Y asimismo estuvo telefoneando al inspector Sturges, diciéndole que necesitaría su ayuda en el caserón. Exactamente a eso de media noche.

Seguidamente, Jim Westton quedó a la espera de que transcurrieran las horas. A la espera de que se hiciera de noche.

***

Debían ser las doce menos veinte minutos.

Jim Westton se había encaminado hacia ese lugar de la carretera donde aparecía un atajo. Empezaba allí mismo, y continuaba entre piedras y rocas, y concluía muy cerca del caserón.

Jim Westton estaba convencido de que era allí donde las víctimas eran sorprendidas.

Apartándose unos cuantos metros de la carretera, se escondió tras unos matorrales. Había muchos por allí. Desde aquel lugar, sin ser visto, por su parte vería si alguien se acercaba.

No lo dudaba. La nueva víctima avanzaría resueltamente, lejos de imaginar que acababan de tenderle una trampa mortal.

Transcurrieron unos minutos. Cinco o seis más o menos. El rumor del mar, embravecido, furioso, llegaba a sus oídos.

En eso, ya sin más espera, alguien apareció a pie por el recodo de la carretera.

Jim Westton seguía tras los matorrales, esperando a que esa persona, la que fuera, se acercara.

Ya estaba relativamente cerca cuando salió de su escondrijo y fue hacia él. Reconociéndole, le saludó.

—¡Buenas noches, señor Elliot!

—Buenas noches —contestó el aludido.

—¿Cómo usted por aquí a estas horas...? —preguntó—. Un peligroso asesino nos hace ir de cabeza, cobrándose constantemente nuevas víctimas... ¿No comprende que se arriesga demasiado...?

—No me arriesgo, señor Westton —aseguró el señor Elliot, convencido de lo que decía—. Un poco más adelante, junto al atajo, me está esperando...

El mar estaba agitándose por instantes, siendo sus olas cada vez más furiosas y embravecidas, de ello que las últimas palabras del señor Elliot murieran ahogadas por su ronco bramido.

Pero Jim Westton estaba cerca y las oyó. Además, eran exactamente las palabras que él sabía que iba a pronunciar el señor Elliot.

—Váyase a su casa —le dijo seguidamente—. Si sigue adelante, antes de media hora será usted un hombre muerto. Hágame caso, retroceda aún está a tiempo.

Consiguió disuadirle. El señor Elliot regresó a su casa.

Por su parte, Jim Westton se decidió a representar su papel.

Pero antes de hacerlo desató un paquete que hasta aquel momento había guardado en el bolsillo de su americana. Un paquete que contenía una peluca.

Peluca de hombre, de pelo oscuro, que llevaba un forro especial. Este recubría una capa superpuesta de un material especial, idóneo para lo que se trataba.

Se colocó la peluca.

Hecho esto, Jim Westton se dirigió hacia el atajo.

Al llegar se detuvo. Quedó a la espera de alquien. De alguien que por lo visto no había aún llegado.

Unos tres minutos después, Jim Westton oyó un ruido a sus espaldas. Pudo girarse y sorprender a su enemigo. Pero no lo hizo.

Pensó que su papel le exigía quedarse quieto, inmóvil. Igual que si no se diera cuenta de nada.

De pronto, lo que se esperaba. Ni más ni menos. Recibió un golpe terrible en la cabeza.

¿Acaso no lo habían recibido todas las víctimas? Hubiera sido ilógico, pues, que no lo esperara él?

Pero se había protegido debidamente con aquella peluca y el golpe, aunque durísimo, no le privó del conocimiento.

No obstante, hizo ver que sí, que se desvanecía. Cayó desplomado.

—¡Ya está! —oyó entonces que exclamaba una voz.

Al poco llegó alguien más. Dijo a su vez:

—Muy bien, Nelson —esta voz tuvo un tono crispado.

—Yo lo cogeré por los brazos, señor.

—Yo por las piernas.

De esta forma le trasladaron a través del atajo, y luego le metieron

en una casa, sin duda se trataba del caserón, y seguidamente le llevaron escaleras arriba.

—Ya estamos en el cuarto de baño —la voz crispada se había oído de nuevo.

—Sí, señor.

Jim Westton notó que le soltaban, dejándole con medio cuerpo metido en la bañera, con los brazos caídos hacia el fondo.

—Dame la hoja de afeitar... —pasados unos instantes, sonó de nuevo la voz crispada.

Era el momento de reaccionar. Jim Westton sabía que no podía sostener más el inquietante suspense. Hacerlo hubiera equivalido a perder todo lo que llevaba ganado.

—¡Cuidado, amigos, que las bromas pesadas no me gustan! —exclamó.

De pronto se había enderezado, se había puesto en pie, apareciendo ante ellos con una automática en la mano.

Allí estaba Lewis Rollins y su criado Nelson. Y también una mujer joven, muy guapa, de preciosos ojos verdes, rasgados, y magnífica cabellera de color de fuego.

Los tres se habían visto sorprendidos por lo inesperado.

—Soy el detective Westton... —se presentó—. Hace tiempo que les estoy buscando...

No habían tenido tiempo de reaccionar. Habían quedado

petrificados al verse desenmascarados. Era algo con lo que no contaban.

—Lo único que aún no he conseguido averiguar —dijo Jim Westton a continuación—, es para qué necesitan la sangre de sus víctimas...

Lewis Rollins se quedó con los labios fruncidos, fuertemente apretados. No respondió palabra.

Nelson imitó a su señor.

Rebecca se había puesto muy pálida, sintiéndose, evidentemente, muy asustada.

—Pero ya lo explicarán todo a la policía —repuso el detective—. Mi misión concluye deteniéndoles.

—Como comprenderá —observó Lewis Rollins con su voz crispada de siempre—, somos tres contra uno. No vamos a permitir tan fácilmente que nos detenga.

—Dentro de pocos minutos el inspector Sturges estará aquí —Jim Westton no estaba diciendo más que la verdad—. Con franqueza, no les veo salida.

—Son nueve crímenes —dijo Lewis, Rollins—. Demasiados para no saber lo que nos espera si usted se sale con la suya.

—En consecuencia —repuso Nelson, hablando por primera vez—,

le quitaremos esa pistola y…

—Soy rápido disparando —advirtió Jim Westton.

—No tan rápido —mascullό Lewis Rollins—, como para matar a tres personas a un mismo tiempo.

—¿Quiere decir que van a atacar a la vez? —ironizó el detective. Y agregó—: Bien mirado no es mala idea. Tal vez sea en realidad la única oportunidad que les quede. Pero, claro, en tal caso dos por lo menos se la cargarán…

—¡Quietos, no perdáis la serenidad! —exclamó la guapa y joven Rebecca—. Habrá alguna solución mejor, estoy segura.

—No la veo —dijo Lewis Rollins, que con gesto violento, agresivo, parecía dispuesto a lanzarse hacia adelante.

—Yo tampoco la veo —repuso Nelson—. Hemos de actuar antes de que llegue el inspector Sturges —y el sirviente, como su señor, mostraba el gesto violento, agresivo, presto al ataque.

—¡No, por favor! —exclamó de nuevo Rebecca—. ¡Es capaz de matarnos a los tres!

—Y te asusta la idea, ¿verdad? —Lewis Rollins la miró—. Claro, ya te comprendo… Piensas que, si nos detienen, Nelson y yo cargaremos con todas las culpas, que tú saldrás mejor librada… No te interesa, pues, arriesgarte tanto…

—Hazte cargo —Rebecca quería apaciguar a Lewis Rollins, esto es indudable—. Ahora vuelvo a ser joven y bella… Me juego demasiado… Pero no, tampoco quiero que tú cargues con las culpas…

—No sería justo —observó Lewis Rollins—, que tú te salvaras y que yo sucumbiera. Al fin y al cabo, todo lo he hecho por ti… ¡Por conseguir que pudieras bañarte con sangre y recuperar la juventud!

—¡Eh, oiga! —intervino Jim Westton, y por descontado seguía encañonándoles con su pistola—. ¿Qué es lo que he oído? ¿Baños de sangre para ponerse joven? ¿Qué locura es ésta?

—No es ninguna locura —aseguró Rebecca—. Es la verdad.

—¡Qué verdad ni qué demonios! —barbotó Jim Westton—. Pero, en fin, así debe ser cuando lo confiesan… No, no debe extrañarme nada —añadió—. Sé ya demasiadas cosas de ustedes —miró también a Nelson.

—¿Qué sabe de nosotros? —preguntó el sirviente.

—De usted —repuso Jim Westton—, que mató a su madre y que se ha pasado muchos años en un reformatorio, y que actualmente tiene en el banco una cuenta corriente nada despreciable. Cuenta que le permite regalar pulseras de oro… En cuanto a usted, señor Rollins —ahora miró exclusivamente al dueño del caserón—, sé que, si ha aceptado a un sirviente de tales características, es porque a su vez tiene algo, o mucho, que encubrir… ¿Qué es? En principio la desaparición de tres prostitutas, de eso hace ya años… Esas

muchachas, y Rebecca, buscaban a los clientes en la misma calle...

—Cuanto más habla —silbeó Lewis Rollins—, más se asegura a sí mismo el no salir vivo de aquí.

—Usted se enamoró mucho de esa tal Rebecca... —siguió diciendo el detective, imperturbable—. Una mujer que ahora debe tener ya unos sesenta años...

—¡Pero gracias a mí, a mis crímenes, a la sangre que le he proporcionado, ahora es joven y bella! —exclamó Lewis Rollins, y en su voz crispada hubo una énfasis casi triunfal—. ¡Mírela! ¡Mírela...!

—¿Cómo, usted es Rebecca? —y Jim Westton miró a la muchacha de larga cabellera rojiza, de ojos verdes y rasgados.

Pero lo preguntó sin demostrar demasiado asombro. Casi como si todo aquello lo estuviera esperando ya.

—Sí —dijo ella—, yo soy Rebecca.

—Comprendo —repuso Jim Westton, mirándola ahora a ella—. Usted necesitaba un asesino, de ello dependía todo su plan... ese asesino lo ha encontrado en el señor Rollins... No, no podía ciertamente fallarle... Era ya un asesino antes de que usted le pudiera que lo fuera. De ello podrían dar fe sus tres compañeras...

CAPITULO X

Antes de lanzarse sobre Jim Westton, se vieron sorprendidos por la presencia del inspector Sturges.

Este había conseguido entrar en el caserón sin ser oído. Y había conseguido asimismo llegar hasta allí sin que sus pasos apenas sonaran.

Apareció con la pistola en la mano.

—¡Menos mal que llega a tiempo! —exclamó Jim Westton dando un suspiro de alivio.

—Exactamente a la hora que me dijo —repuso el inspector.

Lewis Rollins lanzó una maldición. Nelson por su parte se sintió acorralado. Pero no fue, ni una ni otra, la reacción de Rebecca. El brillo de sus ojos fue jubiloso.

El inspector había llegado solo.

—¿No viene con sus hombres? —preguntó Jim Westton.

—No —respondió, y se acercó al detective—. Lo he considerado innecesario. Usted y yo nos bastamos.

—Supongo que sí —asintió.

De pronto el inspector levantó una pierna y propinó un golpe tremendo a la automática del detective. El arma se le fue de la mano. Saltó por los aires.

—Conmigo se ha engañado usted —repuso el inspector Sturges así que él fue el único en estar armado, y había dado ya varios pasos hacia atrás, quedándose cerca de la puerta, ya casi en el pasillo, bastante lejos de todos ellos.

Así dominaba más y mejor la situación. Cualquier avance, por parte de quien fuera, podría repelerlo con facilidad.

—No me ha engañado tanto como supone... —murmuró Jim Westton.

—Ven a mi lado, Rebecca —dijo el inspector Sturges a continuación.

La mujer con la cabellera roja como una llamarada de fuego, se fue hacia él y quedó a su lado.

—¿Qué significa esto...? —inquirió Lewis Rollins, sacudiendo perplejamente la cabeza.

Al sacudirla, los cabellos entrecanos se le movieron, se le apartaron de la frente. Por la que no fueron dos ojos sino cuatro los que se enfrentaron a aquella situación.

Ante aquellos ojos negros, perversos, aterradores, diabólicos, que aparecieron en su frente, todos se quedaron sobrecogidos. Incluso

Nelson.

—Significa —replicó el inspector Sturges—, que usted, señor Rollins, ha caído en la trampa... Y no me importa hacérselo saber porque de aquí no saldrá vivo... Ni su criado, ni el detective...

—¡No entiendo nada! —exclamó Rollins—. ¡No entiendo nada!

—Yo nunca he sido vieja —replicó Rebecca—. Sólo tengo veinticinco años... Esta es la verdad...

—Lo que sucede —intervino Jim Westton—, es que se parece muchísimo a su madre, ¿no es eso? A su madre cuando era joven, claro... Se parece tanto —agregó—, que de común acuerdo decidieron...

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Rebecca—. Mi madre me dijo que Lewis Rollins, sin duda por sufrir una monstruosa anormalidad, era asimismo un monstruoso asesino... Me aseguró que si nos lo planteábamos bien, mataría todas las veces que nos conviniera... De ello que se nos ocurriera sacar a escena a un tal doctor Otto Bringger...

—No sé exactamente qué rol desempeña ese tal doctor Otto Bringger en esta historia —repuso Jim Westton—, pero me he informado bien y sabía ya que Rebecca, la prostituta, tuvo una hija. Una hija muy parecida físicamente a ella. Sabía ya, pues, que el enredo iba por ahí.

En aquel preciso instante, alguien se presentó ante todos

ellos. Era Rebecca, la auténtica Rebecca. Vieja, fofa, llena de arrugas...

—El enredo iba por ahí —repitió ella—. En efecto, en efecto... —y añadió—: Yo vine a ver al señor Rollins y le hice creer que ese tal doctor Otto Bringger me había asegurado que recuperaría la juventud si me bañaba catorce veces con sangre humana...

Lo explicó. ¿Por qué no explicarlo si estaban ya en el último capítulo de aquella historia?

—Me metí en el mar —terminó diciendo—, y aprovechan do una gran ola me sumergí por completo. Mi hija estaba preparada, entre las rocas, y mientras yo desaparecía de escena ella comparecía, ¿comprenden?

Parecía orgullosa de su trabajo. Un trabajo que, a la larga, no sólo beneficiaría a su hija, sino también a ella.

—¡Maldita seas, Rebecca! —exclamó Lewis Rollins, y su voz crispada se semejó al zarpazo de una fiera—. ¡Maldita una y mil veces!

—Pero usted no sabía —manifestó el inspector Sturges, dirigiéndose al detective—, que yo era la persona que iras el telón maniobraba todos esos hilos...

—Sabía —dijo Jim Westton—, que alguien cambió el papagayo de

la señora Garret por otro. Aprovechando que la ventana de la salita suele quedarse a menudo entreabierta y aprovechando por lo demás la circunstancia de que la señora Garret tiene poca vista... Claro, el cambio no iba a ser notado... Y de este modo, la atención de todos se centraría en el papagayo mientras el verdadero culpable podría actuar a sus anchas... Eso ya lo dijo Jack Crows, y tenía toda la razón.

—Sí, efectivamente —confirmó el inspector—, se me ocurrió esa idea para tener entretenida la imaginación de mis vecinos. Eso me favorecería. Pero acaba de decir... —añadió, torciendo el gesto—, que ya sabía que Rebecca tenía una hija... Entonces, ¿qué es en realidad lo que ya sospechaba usted?

—Sospechaba, en principio, que esas muertes favorecían a alguien. Y había llegado ya a la conclusión de que, muerta la hermana de su esposa Catherine, y el hijo de su otra hermana, se iba acercando usted a la fortuna del abuelo millonario...

El inspector Sturges había empezado a temblar. Pero la pistola estaba: en su mano y no, no tenía por qué perder los nervios.

—Sólo faltaba que muriera la otra hermana y el otro hijo, para que su esposa Catherine fuera la única heredera. Sólo ella ya con vida —puntualizó— la perspectiva no hubiera podido ser más halagüeña. Pero, claro, para que esas muertes no dieran qué pensar, había que entremezclarlas entre otras muchas... De lo contrario las sospechas surgirían de inmediato...

El inspector se puso a temblar aún más. Nunca creyó posible que el detective husmeara tan hondo y tan fino en aquel asunto.

– Una vez heredara su esposa Catherine —-prosiguió diciendo Jim Westton—, ya poco le quedaría por hacer. Por sí solo todo se arreglaría a su gusto... Su esposa Catherine está muy enferma, apenas le quedan unos meses de vida. Así que no tendría que molestarse en quitársela de encima... ¿Que cómo sé que su esposa está gravemente enferma —inquirió—. Me lo ha dicho su doctor.

—Pero usted, ¿cómo ha podido sospechar...? —también temblaba la voz del inspector.

—Su esposa es joven —dijo Jim Westton—. Demasiado para lo pálida y ojerosa que está. Palidez y ojeras que delatan una mala salud... Así que fui a ver a su doctor, consiguiendo finalmente que me dijera la verdad... No quería hacerlo, pero ante mis argumentos... Por lo demás, me enteré de que usted estaba ya al corriente de todo, pero que por amor a su esposa deseaba que ella ni nadie lo supiera. Compréndame, inspector, tenía que haber sido idiota para no sospechar... Para no sospechar muchas cosas,.. Una de ellas, por ejemplo que tenía forzosamente que haber otra mujer...

– ¡Sí, yo! —exclamó la muchacha de larga cabellera rojiza, de

rasgados ojos verdes—. ¡Yo!

– Nos amamos —dijo el inspector—, y juntos, con el dinero que heredaré de Catherine, seremos felices. Claro que —amplió—, aún no ha muerto su otra hermana y el otro hijo... Su intervención, señor Westton, lo ha estropeado e interrumpido todo... Pero ya me las ingeniaré para proseguir...

—Antes de pensar en eso —dijo Jim Westton—, deberá pensar en cómo salir de aquí.

—Sencillo —replicó el inspector Sturges—, matándoles a los tres y luego explicándolo todo a mi manera. Soy el inspector de policía de Baldingsson y nadie va a poner en duda mis aseveraciones.

—No tan sencillo —repuso Jim Westton—, aunque me tiene desarmado... Desde luego, hubiera sido mas cómodo para usted —añadió—, acabar conmigo el otro día, con su «Parabellum».

—Me falló la puntería.

—Sinceramente me congratulo de ello.

—Entre ustedes y yo —les hizo observar el inspector Sturges pocos instantes después, dirigiéndose a los tres hombres— hay cierta distancia. La suficiente para que, si me atacan, pueda eliminarles uno a uno... No conseguirán otra cosa si - se abalanzan sobre mí.

—¡Antes de morir tengo que matarte, Rebecca! —rugió Lewis Rollins mirando a la mujer vieja—. ¡Te has burlado siempre, siempre, del amor que sentí por ti! Incluso, te has burlado ahora, poniéndome delante a tu hija... Haciendo que me enamorara de ella como me enamoré de ti.

—Agradécemelo —dijo Rebecca, con marcada ironía—. De este modo, has disfrutado, si bien sólo momentáneamente, de una mujer joven y guapa... Y agradéceselo al inspector, que a pesar de amar a mi hija ha transigido en eso...

—Hubiera conseguido tal vez despistarme, inspector Sturges —dijo Jim Westton, interviniendo de nuevo—, pero me pregunté cómo podía ser que las muertes siguieran produciéndose a pesar del pánico que existía en todos los habitantes de la localidad. Y la respuesta no tardó en aclarar mis dudas. «Pues, sencillamente, porque es el propio inspector de policía quien cita a las presuntas víctimas... Y por tratarse de él, claro, nadie desconfía». Como no desconfiaron, por lo visto, su cuñada y su sobrino... Como no desconfiaba tampoco el señor Elliot...

—Comprendo —masculló Lewis Rollins—-, las personas no pasaban casualmente por el atajo. Era usted, inspector, quien a su conveniencia...

—¡Voy a matarles! —exclamó el inspector Sturges sin querer saber nada más—. ¡Ahora mismo! ¡A los tres!

Pero oyó una voz a sus espaldas. Una voz recia, imperiosa.

—¡Queda detenido, inspector Sturges!

Se volvió. Estaba hecho un puro temblor. Había reconocido sobradamente aquella voz. Se trataba del inspector jefe Meggy, de Scotland Yard. Le acompañaban varios de sus hombres.

—¡Lo he oído todo y queda usted detenido! —le oyó decir dé nuevo.

Pudo rebelarse, disparar. Pero no lo hizo. Dejó caer la pistola.

—Tenía usted razón, señor Westton —añadió el inspector jefe Meggy, de Scotland Yard—. Gracias por su colaboración, tanto más inestimable puesto que, para cogerles a todos en la masa, se ha arriesgado usted excesivamente.

De pronto sucedió algo más...

Rebecca no se vio capaz de caer en poder de la policía. La vida que le quedaba no quería pasarla entre rejas.

Y acababa de recordar aquella estancia, con un piano, un taburete y unos cuadros obscenos. Uno de ellos se movía de derecha a izquierda y dejaba al descubierto un boquete, por donde se alcanzaba una escalera de caracol...

¿Podía aún escapar!

De ello que se precipitara fuera del cuarto de baño, consiguiendo pasar entre unos y otros, y saliera al corredor y bajara la escalera y llegara a esa estancia, frente a! cuadro, que sí, seguía en el mismo sitio.

Lo movió. Pasó por el boquete. Se precipitó por !a escalera de caracol.

Todo esto a una velocidad endemoniada.

Casi no comprendiendo cómo había conseguido hacerlo.

Pudo incluso, tras recorrer el pasadizo en que desembocaba la escalera de caracol, llegar junto a esa gran piedra que, luego de accionar un resorte, se movía dejando paso...

Pero al otro lado del dintel, oyendo ya el bramido del mar, quedó como paralizada.

Creía que había huido de todos y no era así.

Lewis Rollins la había seguido.

Le vio acercarse a ella, enloquecidos y desquiciados sus cuatro ojos.

—¡No escaparás, maldita!

—Por favor, Lewis... —gimió—. Sólo soy una pobre vieja...

Vio de reojo aquellos dos agujeros donde años atrás sufrieran terrible agonía sus compañeras Diane, Susan y Kim. Ahora no había nada en ellos. Permanecían totalmente vacíos.

Pero más adelante, junto al mismo borde de las rocas, en el fondo del agua, sobre la fina arena, donde de vez en cuando llegaba la espuma de las olas vio los vivos y brillantes colores de una anémona.

De ese animal carnívoro marino, cuyos tentáculos, abiertos, le hacen parecer, sin serlo, una fascinante y subyugante flor.

Y se trataba, fatal coincidencia, de una anémona gigante. lo mismo que treinta años atrás.

Lewis Rollins se le acercó. Parecía querer estrangular a Rebecca con sus propias manos. Parecía necesitar ese placer antes de pagar en la horca los crímenes que había cometido.

Pero Lewis Rollins quería otra cosa. Así que, tras sujetarla, empezó a quitarle la ropa de encima.

—¿Qué haces...? ¿Qué pretendes...? —se iba angustiando ella más y más.

Sabía que no deseaba poseerla. Sabía que ella ya no era tentación para nadie.

—¿Qué haces...? ¿Qué pretendes...? —inquirió de nuevo.

—¡Pronto lo verás! —exclamó Lewis Rollins, que seguía quitándole la ropa.

Una pieza tras otra. A tirones. Rasgándosela si era preciso.

En el forcejeo se acercaron al mar, al mismo borde de las rocas.

Ya el cuerpo de ella totalmente desnudo, Lewis Rollins la empujó.

Y Rebecca fue a parar al agua, junto a la anémona gigante. jQue parecía estar esperándola!

La anémona cerró sus tentáculos de vivos, brillantes y subyugadores colores, y la apresó.

Rebecca se quedó sin poder desasirse, haciendo gestos de angustia desesperada.

Y siguió haciendo gestos de angustia y de terror. De espantosa angustia y de auténtico terror.

Tras un par de minutos, los vistosos y fascinantes tentáculos de la anémona se movieron, se agitaron, y la presa fue tragada, introducida por la boca.

Lewis Rollins empezó a reír. A reír con toda la fuerza de sus pulmones.

CAPITULO XI

El cadalso estaba allí. Su siniestro perfil se recortaba contra el sombrío muro de la prisión.

A Nelson tuvieron que llevarle a rastras. Tan a rastras, que hizo falta cuatro guardianes para conseguir ponerle la soga al cuello.

El ex inspector de policía, Sturges, consiguió llegar por su propio pie. Pero llegó tambaleándose, dando tumbos, igual que si estuviera borracho. Desorbitaba la mirada y pensaba en la hija de Rebecca, que por ser mujer se había escapado de la última pena. Cuando la soga le pasó por el cuello, odió a su madre por haberle engendrado.

En cuanto a Lewis Rollins, avanzó con el cuerpo erguido, alzando la cabeza, al descubierto su frente...

Se reía.

Se reía cada vez más fuerte.

Dio la sensación de reírse incluso después de quedar pendido de la soga.

CAPITULO XII

Jim Westton acababa de detener su coche frente a la casa de la viuda Garret.

Carol se apeó.

La anciana estaba allí mismo, en la puerta, y la vio correr hacia ella.

—¿Qué tal, señora Westton? ¿Feliz...?

—Maravillosamente feliz —contestó la muchacha, relucientes de alegría sus ojos.

F I N